

México a 10 años de la Gran Recesión: La persistencia del lento crecimiento y la profundización de la desigualdad

Introducción general

En 2018 se cumplió una década de la quiebra de *Lehman Brothers* que marcó el inicio de la crisis financiera que por un tiempo amenazó con llevar al mundo a una situación similar a la Gran Depresión de los años treinta del siglo pasado. La contracción inicial de la economía mundial fue de una magnitud nunca vista desde aquella época aciaga; sin embargo, a poco andar, y gracias a las lecciones aprendidas en los treinta, se evitó la catástrofe. La economía mundial registró una recuperación y un período de expansión moderada que ha llevado a la profesión a hablar de la Gran Recesión (GR) de 2008–2009. La efeméride invita, sin embargo, a hacer un balance de lo ocurrido en estos diez años, en este caso desde la perspectiva de México. Eso es lo que intenta este ensayo, se examina el cambio en el entorno externo, su efecto sobre la economía mexicana y la respuesta de la política económica para hacerle frente. La principal conclusión es que, paradójicamente, la crisis de 2008 parece haber modificado muy poco la trayectoria de largo plazo de la economía de México; de hecho, como veremos, el desempeño mexicano es, si acaso, ligeramente mejor en términos de crecimiento en el período posterior a 2008 – sobre todo en términos comparativos con otros países– que el observado en los años previos a la crisis financiera. Habrá, desde luego, quien encuentre en este hecho razón para abrigar cierto optimismo: la política económica, dirá, consiguió evitar un daño mayor y logró mantener la estabilidad y un crecimiento modesto, pero crecimiento al fin, en un entorno particularmente adverso; un destino sin duda mejor que el que le ha tocado enfrentar a otros países de la región. Pero resulta inescapable que la trayectoria de largo plazo de nuestra economía –un largo plazo que suma ya 37 años–, marcada

por un crecimiento tan bajo que es incapaz de absorber a la fuerza de trabajo disponible en empleos con una productividad y un salario razonables y que, en consecuencia, profundiza la desigualdad heredada históricamente, es simplemente inaceptable pues cancela el futuro de buena parte de los miembros de la sociedad. En esta óptica, cualquier esquema de política económica –de intervención del Estado en la economía– puede considerarse un fracaso.

Antecedentes históricos

El anémico crecimiento de largo plazo

Para evaluar el desempeño de la economía mexicana luego de la crisis financiera internacional que se desató en 2008 y, en particular, para intentar hacer un balance de la política económica que se puso en marcha para hacerle frente, conviene repasar así sea muy brevemente, el origen y la evolución del patrón de desarrollo y del paradigma de política macroeconómica que lo inspiró desde los años ochentas. Es pertinente, en otras palabras, tener presente cuál había sido el desempeño económico previo al inicio de la crisis y cuál era la situación de la economía hacia 2008, para evaluar la respuesta de política ante la recesión mundial a partir de las fortalezas y debilidades, es decir, a partir del curso de desarrollo en que se encontraba la economía mexicana en ese momento.

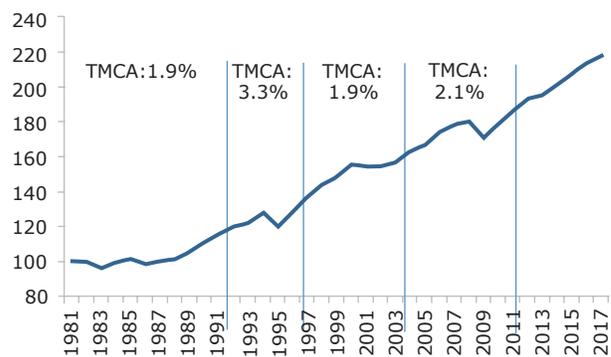
Dado que lo que se pretende en este ensayo es hacer una evaluación del desempeño económico en un plazo relativamente largo, la última década, y de ubicar las continuidades y las transformaciones en los principales elementos que definen la forma de funcionar de la economía más allá de los avatares de corto

plazo en el contexto internacional o en el uso de los instrumentos de política económica, los períodos que se adoptan para el análisis están definidos por ciclos económicos completos, medidos entre el punto máximo de cada uno de ellos. El gráfico 1 muestra estos períodos de 1981 a 2017 para la economía mexicana.

Luego de alcanzar un máximo cíclico en 1981, la economía se embarca en un proceso de ajuste que da lugar a una recesión que abarca los años 1982 y 1983; la débil recuperación que se insinúa entre 1984 y 1985 se disuelve en una nueva caída del producto en 1986, de suerte que para 1988 el nivel del Producto Interno Bruto (PIB) apenas supera el observado en 1981. A partir de 1989 y hasta 1994 se registra la fase de expansión del primer ciclo completo de los cuatro ilustrados en el gráfico 1. En ese año, 1994, se alcanza el pico del ciclo y con la crisis de diciembre inicia la fase descendente del segundo ciclo la cual dura dos años: la economía mexicana recupera el nivel de producto de 1994 en 1996 y durante los años siguientes experimenta el período de crecimiento más acelerado registrado desde fines de los años setenta hasta el presente, aunque la expansión dura solo cuatro años para alcanzar la cresta de este nuevo ciclo en 2000. Entre 2001 y 2003 la economía se mantiene prácticamente estancada y de 2004 a 2008 se registra la fase de expansión de este tercer ciclo que llega abruptamente a su fin al calor de la crisis financiera que da inicio a lo que ha dado en llamarse la GR. En México, la recesión es corta pero muy profunda: el PIB se contrae 5.3% en 2009 pero prácticamente recupera el nivel de 2008 al año siguiente, 2010. De 2011 a 2017 se registra un período de expansión que dura ya siete años, aunque la tasa promedio a lo largo del ciclo que arranca con la crisis de 2008 apenas supera el 2% anual.⁶ Los cuatro ciclos descritos

abarcan más de tres décadas y media en que el crecimiento económico promedia 2.2% anual y solo durante el ciclo más corto de los cuatro (1994–2000) alcanza una tasa superior al 3% anual. Este desempeño resulta muy pobre en comparación con las décadas previas a 1981, impide cerrar la brecha frente a las economías líderes como se venía haciendo por décadas antes de 1981 y, más grave aún, se encuentra en la raíz de las dificultades para enfrentar los grandes problemas de México, en particular la creciente desigualdad y la persistente pobreza.

Gráfico 1. México. Evolución del PIB, 1981 – 2017



Nota: Índice encadenado 1981 = 100. Para 1981 – 1993: PIB trimestral a precios de 1993; Para 1993 – 2017: PIB trimestral a precios de 2013.

Fuente: INEGI, (25 de febrero de 2019).

En lo que resta de esta sección se describe, en primer lugar, el desempeño comparativo del país en el muy largo plazo, es decir, desde mediados del siglo pasado hasta el presente, utilizando como indicador el nivel del producto por habitante en relación al que se observa en la economía líder en el mundo a lo largo del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos de América (EUA). Esta comparación mide, en general y de manera resumida, la brecha frente al nivel de vida potencialmente alcanzable dado el nivel de desarrollo de la capacidad tecnológica de la humanidad. En segundo término, se pasa revista a los resultados observados en estas mismas variables en el período que va de la crisis de la deuda y el inicio del cambio en el modelo de desarrollo a la crisis de 1994 y de ahí, a lo que pareció por un breve lapso, ser el inicio de una nueva manera de funcionar de la

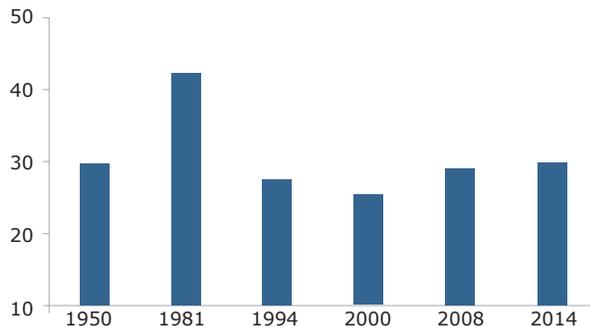
⁶ Cabe señalar que los períodos elegidos en función del ciclo económico de México coinciden, en términos generales, con el ciclo de la economía mundial, sobre todo en los dos ciclos más recientes (2000 – 2008 y 2008 – 2017) que son el objeto principal de análisis de este trabajo. Véase la serie de PIB a dólares constantes de 2010 que publica el Banco Mundial (2008–2018). La excepción más importante a lo señalado es el punto máximo del ciclo que culmina en 2008 en México y en la economía mundial pero que, utilizando datos anuales, tendría su máximo en EUA en 2007.

economía mexicana pero que no duró más allá del año 2000.

1981: El fin del milagro mexicano

El gráfico 2 muestra de manera sintética la suerte que ha corrido el proceso de desarrollo en México en la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI en términos cuantitativos y sin tomar en cuenta la calidad del mismo, en particular, sin atender, por ahora, al tema crucial de la distribución de los beneficios de dicho proceso.

Gráfico 2. México: Convergencia y divergencia en el proceso de desarrollo 1950 – 2014 (PIB/hab en México como porcentaje del PIB/hab en EUA en PPC)



Nota: El indicador de PIB a PPC es el PIB real por el lado del producto con paridades de poder de compra encadenadas en dólares de 2011.

Fuente: Feenstra, R., Inklaar, R., & Timmer, M. (2015).

Como se puede apreciar, en las décadas previas a 1981⁷, la economía experimentó un prolongado período de crecimiento sostenido que la llevó de registrar un PIB por habitante equivalente a menos de 30% del de los EUA en 1950 a otro que superaba el 40% en 1981, último año de lo que se conoció como el boom petrolero de fines de los años setentas. Este largo período de crecimiento, que mereció el apelativo de “el milagro mexicano”, fue particularmente notable en al menos dos

⁷ La serie que se presenta comienza en 1950 para mantener la consistencia de la fuente a lo largo del período de análisis, sin embargo, el proceso de acortamiento de la brecha frente a la economía de EUA inició a fines de la década de los treinta.

aspectos. Por un lado, se produjo en un período que abarca las décadas en que la economía mundial, y en particular la de EUA, experimentó el período de crecimiento y avance tecnológico más intenso de la historia. En efecto, el tamaño de la economía estadounidense creció en más del triple entre 1950 y 1981 y su producto por habitante creció a una tasa de 2.3% anual en el mismo lapso.⁸ Si bien este dinámico desempeño de la economía mundial sin duda generó un contexto favorable a la expansión de la economía mexicana, también es un hecho que hizo que el estándar del desarrollo se desplazara hacia arriba a una tasa muy acelerada, lo que dificultaba la convergencia al nivel de PIB por habitante en EUA, en particular dado el segundo aspecto que conviene tener en cuenta: el acelerado crecimiento poblacional de México en el período. En los años que nos ocupan, la población mexicana pasó de menos de 30 a más de 70 millones de habitantes, es decir, creció a una tasa de más de 3% al año por más de treinta años, en un proceso que involucró la urbanización de la población y la industrialización de la economía, lo que evidentemente exigía un crecimiento económico aún mayor para elevar el PIB por habitante.

La expansión demográfica en estos años supuso un aumento en la tasa de dependencia (pasó de 83 a 88%) entre 1950 y 1980 al crecer más rápidamente la población total que la población en edad de trabajar. Aun así, la creación de empleo que acompañó al crecimiento económico condujo a un proceso de aumento en la tasa de participación en la fuerza de trabajo, de manera que la proporción entre población involucrada en el mercado de trabajo y población total incluso subió ligeramente, entre 1950 y 1981, de 28 a 30 por ciento.

Este notable proceso de acortamiento de la distancia que separaba a México de las economías líderes y que, de haberse sostenido

⁸ Cabe señalar que el período 1950–1981 incluye la década de los setenta en que el patrón de crecimiento de postguerra enfrentó crecientes problemas asociados al abandono del patrón oro, a la primera crisis del petróleo y al surgimiento de la “estanflación”, es decir, la combinación de bajo crecimiento y alta inflación que habría de romper con el consenso keynesiano de política económica que presidió los años dorados del auge posterior a la guerra.

tendría hoy al país muy cerca de los estándares de PIB por habitante de los países desarrollados, llegó a su fin abruptamente con la crisis de la deuda iniciada en 1982. A partir de entonces, la caída primero y el estancamiento posterior del nivel de producto de la economía hicieron que se perdiera lo avanzado en términos relativos frente a EUA desde al menos 1950 y aún un poco más: para 1994, después de seis años de crecimiento positivo, el PIB por habitante en México alcanzaba apenas el 28% del estadounidense, dos puntos porcentuales menos que 44 años antes. La carrera, en la que habíamos ganado terreno de manera sistemática por décadas, claramente se había perdido.

¿Qué sucedió? En su vasta revisión de la literatura empírica y teórica sobre el crecimiento y el desarrollo, Jaime Ros (2013) propone un criterio para distinguir a los procesos de crecimiento que pueden considerarse, y de hecho se han considerado, "milagros económicos". Se trata de procesos de crecimiento alto y sostenido durante largos períodos de tiempo que han permitido a los países que los experimentaron cerrar de manera significativa la brecha de ingreso por habitante frente a las economías líderes.⁹ Cuantitativamente define un "milagro económico" como el logro de una tasa de crecimiento promedio anual de 7% o más, sostenida a lo largo de al menos 25 años, o una tasa de crecimiento anual de 6.5% sostenida por 30 años o más. Los ejemplos históricos de este fenómeno no son muchos; Ros encuentra 13 en los últimos 70 años, y en su gran mayoría son países asiáticos (10) a los que se suman México y Brasil en América Latina y Botsuana en África.

La suerte que han corrido estos países es muy variada; cinco de los países asiáticos

que experimentaron períodos de crecimiento extraordinario (Japón, Taiwán, Hong Kong, Singapur y Corea del Sur) siguieron registrando un proceso de convergencia a la economía líder mundial luego del fin de sus respectivos milagros y habían alcanzado un nivel de ingreso por habitante que los colocaba en el grupo de países plenamente desarrollados o muy cerca de ese estatus¹⁰; otras tres economías asiáticas (Tailandia, Indonesia y Malasia) vieron interrumpido su proceso de convergencia, pero hasta antes de la GR mantenían el nivel relativo al PIB por habitante de EUA en torno al nivel que habían alcanzado al final de sus períodos de muy rápido crecimiento; China y Vietnam continúan inmersos en sendos milagros económicos aunque aún se encuentran lejos de alcanzar niveles de producto por habitante comparables a los del mundo desarrollado. Los únicos dos países cuyo nivel en relación al líder retrocedió significativamente, es decir, los únicos dos casos en que un milagro económico dio lugar a un colapso del crecimiento para usar la terminología de Ros, son precisamente los dos casos latinoamericanos: Brasil y México.

El colapso del crecimiento a partir de la crisis de la deuda en América Latina, y en particular en México, donde se registraron sus primeros episodios, estuvo asociado inicialmente a un fuerte "choque" externo que tornó insostenible la posición financiera de los países altamente endeudados. El "choque" de precios relativos que significó la drástica elevación de las tasas de interés reales y la caída de los precios del petróleo para la economía mexicana en los años ochenta, condujo a un incremento significativo de los pagos de intereses al exterior y marginó al Estado de los mercados de capitales.¹¹ En esas condiciones, tanto una devaluación real del tipo de cambio como un ajuste fiscal profundo

⁹ Es importante destacar que no todos los países actualmente ricos o desarrollados experimentaron un "milagro económico" en su camino al estatus de país desarrollado. Muchos de ellos, para usar la terminología de Ros, se asemejan a "corredores de larga distancia" y accedieron a niveles elevados de ingreso (cerca del 75% del PIB por habitante de EUA en 2008) a merced de haber crecido a tasas altas, pero no espectaculares como las de los países que registran milagros económicos, durante períodos muy extendidos de tiempo. España, Italia, Austria, Finlandia e Israel son ejemplos de este patrón de crecimiento.

¹⁰ Botsuana observa un comportamiento parecido al de este grupo. Si bien su milagro económico, de acuerdo a la definición de Ros, culmina en 1990, Botsuana ha seguido convergiendo sistemáticamente, aunque aún se encuentra lejos del nivel de los países desarrollados.

¹¹ Vale la pena recordar que, hasta 1980, tanto los funcionarios gubernamentales mexicanos como los acreedores internacionales consideraban un escenario de bajas tasas de interés real y altos precios del petróleo como "normal" como lo demuestra la disposición a seguir financiando las necesidades mexicanas de capital externo.

resultaban inevitables y con ellas el país entró en una profunda recesión, la primera que experimentaba el país en décadas. El milagro mexicano había tocado a su fin.

El cambio de modelo

En las condiciones políticas del México de 1982 en adelante, luego de la nacionalización de la banca en septiembre y el cambio de gobierno en diciembre, y en medio de la recesión, se fue imponiendo un cambio en la manera concebir la política económica y, más en general, el papel mismo del Estado en el proceso de desarrollo.¹² Gradualmente se generalizó, desde la administración y desde la élite económica, la idea de que la crisis era producto de la inoperancia de la política económica y de los excesos de los gobiernos de los setentas; pero mucho más allá de simplemente corregir el rumbo de la política macroeconómica para ajustarse a la nueva realidad internacional, el país se embarcó en un cambio profundo de concepción del funcionamiento de la economía y del papel del Estado en el desarrollo: apoyándose en la crisis mundial del paradigma keynesiano y en el surgimiento de una nueva ortodoxia en la década previa, se fue conformando un nuevo consenso –después bautizado como neoliberal– que ponía en tela de juicio la intervención del Estado en la economía, y, con una versión *aggiornada* del pensamiento económico anterior a la Gran Depresión, recuperaba la fe en el mercado como mecanismo de asignación óptima de los recursos en lo micro y como generador de equilibrio con pleno empleo de los recursos en lo macro, dejando a un lado décadas de análisis y políticas cuyo objetivo era enfrentar las fallas del mercado para centrarse en el combate a las fallas del gobierno.

En la terminología de la administración del Presidente De la Madrid (1982–1988) el Programa Inmediato de Reordenamiento Económico, esto es, la política de ajuste macroeconómico frente al choque externo,

pronto dio lugar al Programa de Ajuste Estructural que dio inicio a las reformas que buscaban cambiar la forma de funcionamiento de la economía reformando el papel del Estado. Esta agenda de reformas no solo se mantuvo, sino que se profundizó en el sexenio siguiente, de suerte que para 1994, cuando llega a su fin el largo ciclo de estancamiento y posterior modesta recuperación, el paisaje de la economía mexicana había cambiado por completo.

Esta primera ola reformista –las reformas habrían de continuar en la segunda mitad de los años noventas y tendrían un renovado impulso al inicio de la administración de Enrique Peña Nieto cuando se produce una segunda ola de cambios estructurales– involucró, entre otras medidas, una creciente liberalización del comercio exterior que inició con la entrada de México al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) y culminó con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN); una liberalización de las restricciones a la inversión extranjera y a los flujos internacionales de capital; una privatización masiva de las empresas públicas incluyendo la banca que había sido nacionalizada en 1982 que, sin embargo, tuvo en las empresas del sector energético su excepción más notable; un programa de desregulación de la actividad económica sin precedente histórico que buscaba aumentar la competencia, que después daría lugar a la promulgación de una ley para fomentar la competencia, y a la creación de la Comisión Federal de Competencia Económica (COFECE) para combatir prácticas monopólicas¹³.

Al mismo tiempo, en el ámbito de la política macroeconómica, con el fin de cerrar las brechas fiscal y externa, se impuso un ajuste fiscal considerable y se propició una fuerte devaluación del tipo de cambio real. La expectativa de las autoridades era que los ajustes estabilizarían la economía y que los llamados cambios estructurales permitirían retomar una trayectoria de crecimiento liderado por las exportaciones y la inversión privada.

¹² Véase Cordera y Tello (1981) para un análisis de los términos de este debate en México.

¹³ En Lustig (1992) se detalla y analiza el proceso de liberalización de la economía en los años ochenta.

Para 1985, sin embargo, el nivel de producto apenas sobrepasaba el de 1981 y en 1986, al producirse el colapso de los precios del petróleo, la economía volvió a contraerse y hacia 1988 registraba un nivel de producción similar, de nueva cuenta al de 1981.

¿Por qué duró tantos años el estancamiento absoluto de la economía a pesar de que se tomaron medidas enérgicas de ajuste macroeconómico para enfrentar la escasez de divisas y de flujos de crédito que había provocado la marginación del sector público de los mercados de capitales? Como ha argumentado Ros¹⁴, la idea de que la economía heredaba una inflexibilidad estructural del modelo anterior que le impedía reaccionar ante cambios en los precios relativos no se sostiene ante el hecho de que, por un lado, se produjeron efectivamente modificaciones radicales en el tipo de cambio real (y en los salarios reales) y, por otro, que estos cambios efectivamente dieron lugar a un rápido e importante ajuste en cantidades como lo muestra el hecho de que la cuenta corriente se tornó superavitaria desde 1983. Tampoco se puede atribuir la falta de reacción de la inversión (y con ella de la demanda agregada) ante las mejores condiciones de rentabilidad, a una indisponibilidad exógena de crédito, ya que si bien el sector público estaba racionado en los mercados de capital, los flujos al sector privado eran en buena medida endógenos dada la tenencia de un alto volumen de activos en el exterior, producto de la fuga de capitales, los cuales se pueden considerar sustitutos del financiamiento interno y externo al sector privado. La presencia de una continua fuga de capitales en un escenario de superávit en la cuenta corriente implica, por otra parte, que tampoco se puede decir que la economía enfrentaba una restricción de ahorro. Siguiendo con la argumentación de Ros, lo que parece explicar la persistencia del estancamiento, más que una restricción externa (de divisas) al crecimiento, al menos una vez que se produjo el ajuste inicial en la balanza de pagos, es un

colapso de la inversión debido a la restricción fiscal y a una restricción asociada que afecta a la inversión privada: si bien en el contexto del México de los ochentas, la devaluación real relaja la restricción fiscal dado el saldo positivo de divisas del sector público, simultáneamente tiene un efecto depresivo sobre la inversión privada al elevar la inflación.

El sector público enfrenta así un límite a la posibilidad de incrementar su gasto (luego del ajuste inicial) y por tanto el crecimiento, que tampoco puede ser superado recurriendo a la deuda interna –que solo se podría incrementar en la medida en que lo hiciera la demanda de bonos gubernamentales por parte del sector privado– o al crédito externo –ya que los mercados internacionales habían decidido que las finanzas del Estado mexicano eran insostenibles– o a la monetización de un déficit creciente –pues el impuesto inflacionario se convierte en una reducción del gasto de quienes mantienen saldos monetarios, esencialmente los asalariados. Adicionalmente, como ya se señaló, la alta inflación tiene un efecto negativo en la inversión privada, lo que contrarrestaría el efecto expansivo del gasto público.

Este efecto sobre la inversión privada no es lineal: a niveles bajos de inflación, la devaluación real estimula la inversión al elevar su rentabilidad, pero a partir de cierto nivel, la inflación que acompaña a la devaluación del tipo de cambio inhibe la inversión al adelgazar los mercados internos de crédito, aumentar la incertidumbre sobre el tipo de cambio y las tasas de interés futuras (lo que favorece la sustitución de activos domésticos por activos en el exterior) y al generar incertidumbre sobre la evolución de los precios relativos de bienes y servicios lo que afecta la rentabilidad esperada de las inversiones¹⁵.

Los efectos recesivos de la devaluación real, que se expresan en un desplome de la inversión privada como porcentaje del PIB, habrían entonces impedido la recuperación

14 Véase el trabajo de Ros (2013), en especial el capítulo XIII "Trampas de deuda y colapsos del crecimiento", sección 4, de donde se toma, de manera resumida, la argumentación que se presenta aquí sobre la incapacidad de la economía mexicana para retomar el crecimiento hasta fines de los ochenta.

15 En Pollin y Zhu (2006), citado por Ros (2013), se presenta una reseña de la literatura sobre los efectos adversos de la alta inflación en el crecimiento incluyendo los que operan a través de la inversión.

del crecimiento mediante un mayor gasto público financiado por la depreciación del tipo de cambio, en un contexto en que el nivel del déficit financiable por otros medios era insuficiente para sostener un crecimiento mayor. Así, la salida de la trampa de la deuda y la recuperación de la inversión privada hubo de esperar hasta que la renegociación de la deuda redujera las transferencias al exterior y la reducción de la inflación, mediante una política heterodoxa que permitió eliminar el componente inercial de la misma, eliminara los desincentivos a la inversión privada. Este proceso no inició, sin embargo, hasta 1989; el crecimiento había sido nulo durante siete años y México había entrado ya, de lleno, en el largo período de muy lento crecimiento de largo plazo que dura hasta la fecha.

De la crisis de la deuda a la crisis de 1994

Una vez sometida la inflación y recuperado el acceso a los flujos de capital internacional, el país parecía listo para retomar el crecimiento a largo plazo y capitalizar las reformas estructurales que se venían gestando desde mediados de los años ochentas. Al menos eso pareció durante unos años; la economía creció a una tasa promedio de casi 4% entre el último año del estancamiento de los ochentas (1988) y 1994, cuando la economía volvió a enfrentar una crisis de balanza de pagos y cayó de nueva cuenta en una recesión. ¿Qué sucedió? Todo indica que el país volvió a enfrentar una restricción de divisas al crecimiento a lo largo de la fase de recuperación del ciclo, conforme se agotó la capacidad de seguir financiando una acumulación de pasivos externos, como había sucedido en los prolegómenos del choque externo de 1981–1982, solo que, en esta ocasión, la acumulación de pasivos corrió a cargo del sector privado conforme las divisas, sobre todo el dólar, perdían valor en moneda nacional. Esta revaluación real del peso puede verse como un efecto colateral del exitoso programa antiinflacionario. Una vez que se abandonó la fijación de metas inflacionarias a la cual debía ajustarse la fijación de precios,

el tipo de cambio real (y el salario) comenzó a funcionar como ancla de la estrategia de estabilización. Dada la creciente apertura de la economía, y a pesar del crecimiento de las exportaciones, las importaciones se dispararon generando una brecha comercial creciente, que sumada al pago del servicio de la deuda determinó un déficit en cuenta corriente también creciente. Con el déficit público contenido como parte de la política de estabilización, y como la inversión crecía más rápidamente que el ahorro privado y tendía a financiarse crecientemente en los mercados internacionales de capital, la contraparte del déficit en cuenta corriente fue una rápida acumulación de pasivos externos privados.

La justificación del desequilibrio en las cuentas externas, en boga a principios de los años noventas, era que dado el déficit se financiaba con entradas de capital privado en la cuenta corriente y, por consiguiente, las reservas no se reducían, se trataba de un desequilibrio “sano” (por contraste con la situación previa a la crisis de 1982 en que el déficit en cuenta corriente tenía como contrapartida el exceso de gasto sobre ingreso del sector público). No era necesario, en consecuencia, recurrir a una devaluación real para corregir el desequilibrio. Cuando en 1994 los flujos de capital hacia las economías emergentes perdieron dinamismo, se intentó una política de corrección del tipo de cambio real¹⁶ que resultó del todo insuficiente, particularmente en vista de la incertidumbre generada por la descomposición política que se desató tras el levantamiento zapatista el 1 enero –el mismo día de la entrada en vigor del TLCAN que culminaba la estrategia de reformas estructurales– y el asesinato del candidato presidencial del partido en el poder en marzo de ese año. La inclusión, en los Criterios Generales de Política Económica, de una previsión de crecimiento sostenido para 1995 y, en consecuencia, de un déficit en cuenta corriente de 7% del PIB para ese año (insistiendo implícitamente en la idea de que los flujos de capital al sector privado se

¹⁶ El tipo de cambio real que se había apreciado 31% entre 1989 y 1993, se depreció 15% entre enero y noviembre de 1994.

mantendrían) constituía, sin duda, una señal de alarma sobre la viabilidad del esquema, sobre todo en vista de la caída en las reservas. Cuando en diciembre, con el nuevo gobierno ya en funciones, cambió la fórmula de la política cambiaria ante la persistente reducción en las reservas, que adquiría proporciones graves, el peso se desplomó y la economía entró, de nuevo, en recesión.

1981-1994: Los saldos del colapso

El largo ciclo económico que inicia con el fin del milagro económico, que se caracteriza por la adopción de una nueva forma de concebir el rol de la política económica y del Estado en la economía y que culminó en la crisis de diciembre 1994 tuvo, como hemos visto, dos fases claramente distinguibles. Una primera en que la economía cayó en una trampa de deuda que la condenó al estancamiento durante siete años y una recuperación, de 1989 a 1994, en que la economía volvió a crecer aunque a tasas más modestas que las de las décadas previas a 1981, y en la que, a pesar de las reformas estructurales, la economía volvió a enfrentar una restricción externa al crecimiento que culminó con un ajuste cambiario violento, diferente del de 1981 en tanto el racionamiento del crédito externo afectó al sector privado y no al público.

Como se apuntó en la sección 2.2, el colapso del crecimiento que siguió a la crisis de la deuda llevó a la economía mexicana a perder en unos cuantos años el terreno que había ganado frente a las economías líderes en las décadas previas a 1981. Como se muestra en el cuadro 1, esto fue producto de que a lo largo del ciclo completo (1981-1994), es decir, considerando los seis años de recuperación, la economía mexicana creció apenas a una tasa promedio de 1.3% anual, tasa inferior al crecimiento de la población, de suerte que entre 1981 y 1994 el producto por habitante cayó a un ritmo de 0.3% cada año; durante ese mismo lapso, el producto en EUA creció al 3.2% anual y el producto por habitante lo hizo al 2.1% anual.

Si consideramos que el crecimiento del PIB por habitante resulta del producto entre el crecimiento del PIB por trabajador y el crecimiento del número de trabajadores por habitante, la comparación con la economía de EUA, es aún más desfavorable; mientras que el aumento anual del PIB per cápita en EUA es el resultado de un crecimiento del producto por trabajador de 1.6% anual y de un crecimiento de la fuerza de trabajo como porcentaje de la población de 0.5% cada año, en el caso de México, por el contrario, es el crecimiento de la fuerza de trabajo como porcentaje de la población (1.3% anual) el que impide una caída aún mayor del PIB por habitante, ya que el producto por trabajador se contrae, a lo largo de 13 años, a un ritmo de 1.5% anual.

El verdadero saldo trágico del colapso del crecimiento posterior a la crisis de la deuda es pues que, en un período de rápida expansión de la participación de la población en la fuerza de trabajo, el crecimiento de la economía haya sido incapaz de emplear productivamente a esa fuerza de trabajo en expansión. Debería resultar obvio que una caída en la productividad del trabajo de esa magnitud (casi 18% acumulado en el período) difícilmente puede atribuirse a fenómenos microeconómicos operando a lo largo de toda la economía, máxime cuando se trata de un período de liberalización de la economía en que los precios relativos estarían acercándose a sus niveles "correctos" determinados por el libre juego de las fuerzas del mercado. Más bien, parece razonable suponer que estamos ante un problema de composición asociado al lento crecimiento de la economía: las personas que se incorporaron al mercado de trabajo en estos años se ocuparon en labores de baja productividad, bajos ingresos y poco o ningún capital por trabajador, es decir, no encontraron colocación en los sectores de alta productividad y de altos salarios, que requieren más capital por trabajador, simplemente porque, como se describe más arriba, la economía se enfrentó a una restricción fiscal y de inversión, esto es, a un problema macroeconómico, que le impidió invertir más y crecer más rápidamente.

Cuadro 1. Descomposición del crecimiento del PIB en dos ciclos completos. México y EUA

	TC PIB México	TC PIB EUA	TC PIB / habitante México	TC PIB / habitante EUA	TC PIB / trabajador México	TC PIB / trabajador EUA	TC Trabajadores / habitante México	TC Trabajadores / habitante EUA
1981-1994	1.8	3.2	-0.3	2.1	-1.5	1.6	1.3	0.5
1994-2000	3.4	4.1	1.7	2.8	0.7	2.4	0.9	0.4

Nota: El PIB utilizado corresponde a las series denominadas *rgdpna*: PIB real a precios domésticos constantes de 2011.

Fuente: Feenstra, et al., (2015).

1994-2000: ¿Un nuevo inicio?

La recesión que puso fin a la expansión en 1995 fue más profunda que la de 1982-1983, pero también más corta: la economía alcanzó en 1996 el mismo nivel que había registrado en 1994, y a partir de ahí observó un proceso de expansión que habría de durar hasta 2000. Como vimos en el apartado anterior, el crecimiento en la fase de expansión del ciclo previo (1981-1994), se vio limitado por la tendencia a la apreciación del tipo de cambio real heredada de la política de contención de la inflación. La fuerte corrección cambiaria a partir de diciembre de 1994 alteró esta situación de manera radical, y la nueva realidad cambiaria, a su vez, se combinó con la puesta en marcha del TLCAN y el auge de la economía de EUA para dar lugar a la rápida recuperación de 1996 y a cuatro años de fuerte expansión. De hecho, tanto para el ciclo completo, como para los años de recuperación y expansión, el ciclo 1994-2000 es el que mayor crecimiento ha registrado de 1981 a la fecha. El crecimiento de 3.3% anual para el ciclo completo se compara favorablemente con el magro 1.9% del ciclo anterior y del que le siguió (2000-2008), lo mismo que con el decepcionante 2.1% que registra hasta ahora el ciclo iniciado en 2008 (gráfico 1). Más notable aún es el desempeño relativo en los años de recuperación y expansión de los distintos ciclos. Mientras que entre 1989 y 1994 la economía creció al 4% anual, y entre 2003 y 2008 lo hizo al 2.2% y entre 2009 y 2017 se ha expandido a un ritmo de 3.1%, en los años de crecimiento entre 1995 y 2000, la economía pareció acercarse, finalmente, a la trayectoria de alto crecimiento previo al fin del

milagro: el PIB creció a una tasa promedio de 5.3% desde el fondo de la recesión hasta la cresta del ciclo en 2000¹⁷.

La experiencia de la economía mexicana en este período ilustra de nueva cuenta, esta vez por contraste, el vínculo entre el crecimiento agregado del PIB y la evolución del producto por trabajador. Tomando el ciclo completo de 1994 a 2000, el PIB se aceleró, como se aprecia en el cuadro 1, desde el 1.8% del ciclo previo al 3.4% anual.¹⁸ Esto provocó la reversión del fenómeno descrito en el apartado anterior: un crecimiento más rápido permitió ocupar a la fuerza de trabajo en ocupaciones de mayor productividad e ingreso, elevando el producto promedio por trabajador en la economía. Este indicador que se redujo a un ritmo de 1.5% al año en el ciclo previo, pasó a incrementarse al 0.7% anual entre 1994 y 2000, lo que sumado al crecimiento de la participación de la población en la fuerza de trabajo fue determinante para la vuelta a un crecimiento positivo del PIB por habitante del orden de 1.7% anual.

Aun con esta relativa mejoría en el desempeño de la economía mexicana, su productividad promedio se expandió a un ritmo que alcanzó apenas un tercio del ritmo del observado en EUA, por lo que, a pesar del mayor dinamismo de la participación en la fuerza de trabajo en

17 Si se elimina el año de recuperación de 1996, que "simplemente" recuperó el nivel de producción de 1994, el crecimiento en los cuatro años que van de 1997 a 2000 promedió 4.9% anualmente.

18 Las diferencias de una décima entre estos promedios y los reportados en el gráfico 1 se deben a que se utilizan distintos años base: 2011 en el cuadro 1 para mantener la homogeneidad de la fuente que compara México y EUA y 1993 y 2013 en el caso de el gráfico 1.

México, la brecha en PIB per cápita entre los dos países no solo no se revirtió, sino que parece haberse ensanchado ligeramente.

El ciclo previo a la crisis financiera internacional

2000–2008: El fin de la expansión de los noventas y el primer ciclo del siglo XXI

El año 2001 marcó el inicio de un nuevo ciclo en la economía internacional. Luego de la crisis bursátil propiciada por el fin de la burbuja asociada a las empresas tecnológicas, la economía de EUA se desaceleró y luego de cuatro años de crecer a un ritmo de 4.4% anual, creció solo 1% en 2001 y 1.8% en 2002. La economía mundial también se desaceleró notablemente en esos años: creció 4.4% en 2000, y solo 2% en 2001 y 2002. La expansión que le siguió a esta fase descendente del ciclo habría de durar seis años, de 2003 a la GR de 2008, de suerte que para el ciclo completo (2000–2008) la economía mundial registró un crecimiento de 3.2% anual, aunque la de EUA alcanzó un ritmo de expansión de solo 2.1% en esos mismos años.¹⁹ Así, la economía estadounidense, que había crecido más rápidamente que la economía mundial en el ciclo previo (4.1%, medio punto más que la economía mundial)²⁰, creció un punto por debajo del mundo entre 2000 y 2008, en un contexto en que, además, la economía mundial también creció menos que en el ciclo previo. Claramente, la “locomotora”

del crecimiento mundial, que en los noventas fueron los EUA, para el primer ciclo del siglo XXI se trasladó a Asia, en particular a China,²¹ lo que como veremos tuvo, aunado a la política económica adoptada por el primer gobierno de la alternancia en México, efectos importantes y negativos sobre la economía mexicana.

El desempeño económico de México en perspectiva comparada

Si los años previos a la GR no fueron particularmente notables en términos de crecimiento para la economía mundial, sí lo fueron para América Latina con la notable excepción de México. Si bien lejos del espectacular crecimiento de China (9.4%; 8.8% el PIB por habitante)²², en el ciclo previo a la crisis de 2008 América Latina registró un incremento de 2.1% anual en el PIB per cápita, superior al promedio mundial y al de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (1.9 y 1.3% respectivamente). Los países de ingresos medios-altos de la región crecieron aún más rápidamente en relación a su población: Argentina lo hizo al 2.7% anual, Brasil al 2.5% y Chile al 3.6% (gráfico 3); el PIB per cápita en México, por su parte, avanzó solo al 0.5% anual en el período.

El contraste es aún más desfavorable para México al considerar los componentes del crecimiento del producto por habitante; así mientras el producto por persona ocupada aumentó en 2.6% anual en Argentina, en 2.1% en Chile y en 1.3% al año en Brasil, en México la producción por trabajador se *redujo* en medio punto porcentual cada año, y si se

19 Hay que tener en cuenta que, utilizando datos anuales, el punto máximo del ciclo para EUA, que es donde se inició la crisis financiera que dio lugar a la GR, se ubica en 2007 y no en 2008, como es el caso para la economía mundial y la mexicana. Así, tomando como ciclo completo para EUA el período 2000–2007 (y no 2000–2008) la tasa de crecimiento para el ciclo completo sería 2.4% y no 2.1 como se señala en el texto. Aun así, la expansión durante este ciclo en EUA resulta mediocre por comparación con la economía mundial.

20 Esto es particularmente notable ya que, desde la postguerra, la economía de EUA crece normalmente menos que la economía mundial debido al proceso de convergencia o “catching up” de muchas economías.

21 De acuerdo al Banco de Datos del Banco Mundial, mientras que EUA le añadió 2.3 trillones de dólares al PIB mundial entre 2000 y 2008, China le aportó 5.8 trillones; esto en la medición en paridad de poder de compra (dólares internacionales constantes de 2011); en dólares constantes de 2010, las cifras indican un aporte de 2.3 trillones para EUA y de 2.8 trillones para China.

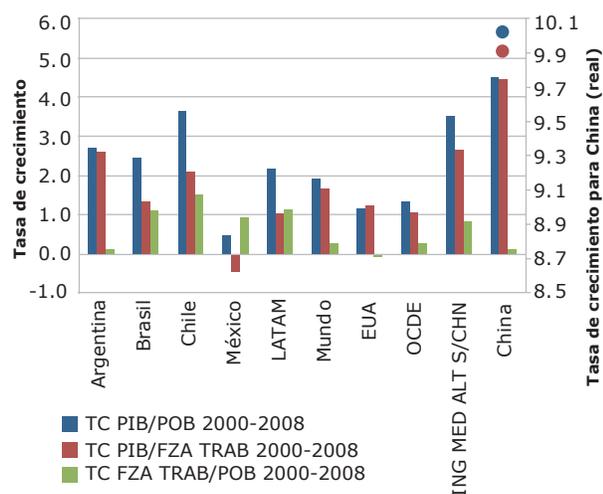
22 Estas tasas se refieren al crecimiento del PIB medido en precios constantes domésticos, es decir en unidades monetarias domésticas (corresponden a la serie rgdpna de las Penn World Tables y, por lo mismo, no coinciden con las que se presentan en el gráfico 3 donde el PIB se mide en dólares constantes de 2010).

observó un ligero crecimiento en el PIB por habitante, ello se debió al crecimiento en la tasa de participación de la población en la fuerza de trabajo: la tasa de participación se expandió a un ritmo de cerca de 1% anual en el período. Así, después del relativamente breve interregno de 1994–2000, la economía parece haber vuelto a una trayectoria de bajo crecimiento incapaz de absorber la creciente fuerza de trabajo en empleos “modernos”, relegando, por tanto, a un número creciente de trabajadores a ocuparse en empleos de baja productividad e ingreso. El efecto composición que esto supone explica la caída sistemática de la productividad promedio y tiene, además, efectos perniciosos en la distribución del ingreso como se argumenta en detalle en la sección final de este ensayo. En otras palabras, salvo que se demostrara que la productividad cayó en las “actividades modernas” (y la evidencia sugiere lo contrario), la caída en la productividad promedio debe atribuirse a una mayor participación de las actividades “atrasadas” en el empleo de la fuerza de trabajo, lo que a su vez se explica por el bajo crecimiento de la actividad económica²³.

China, el boom de las materias primas y América Latina

¿A qué obedeció el mal desempeño relativo de México en el período previo a la crisis de 2008? Sin duda un primer factor importante tiene que ver con la evolución de la economía internacional y la forma de insertarse en ella de México por comparación con América Latina. El explosivo crecimiento de China y la rápida expansión de la región Asia–Pacífico frente a una, como hemos visto, mediocre expansión de los EUA, dio lugar a un acelerado crecimiento de los precios relativos de las materias primas en cuya producción y exportación se especializan buena parte de los países de América Latina. Como se aprecia en el gráfico 4, el rápido crecimiento en volumen, y aún más en valor, de las exportaciones a China y el Pacífico transformaron sustantivamente el patrón de comercio regional de América Latina y, sobre todo de Argentina, Brasil y Chile en el lapso de siete años. Esos dos destinos pasaron de representar 7% de las exportaciones de la región en 2000 a dar cuenta de 18% en 2007. En Argentina pasaron del 11 al 26%, en Brasil del 14 al 28% y en Chile, más vinculado a China y el Pacífico desde años atrás, de 34% a más de la mitad. México, mientras tanto, luego de la firma del TLCAN en 1994, registró una rápida expansión de las exportaciones, fundamentalmente manufacturas, hacia EUA durante el auge de los noventa que llevó la participación de este país, como destino de las exportaciones mexicanas, a 89% en 2000. Si bien en los siete años siguientes las exportaciones mexicanas al resto del mundo, aunque en muy escasa medida a China y al Pacífico, crecieron más rápidamente, la concentración en el mercado estadounidense siguió siendo muy elevada: para 2007 alcanzaba el 78 por ciento.

Gráfico 3. Crecimiento del PIB por habitante y sus componentes



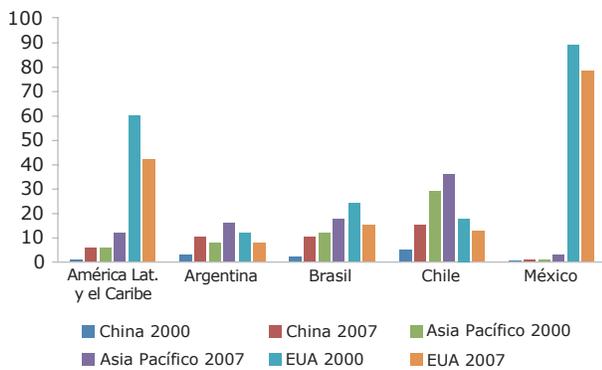
Nota: Valores de China (real): ● TC PIB/POB y ● TC PIB/FZA TRAB.

Fuente: Banco Mundial, (2018).

²³ Puede hacerse, y de hecho se ha investigado ampliamente, la hipótesis contraria, esto es, que el bajo crecimiento económico es consecuencia, y no causa, del bajo crecimiento de la productividad. Véase en particular Levy (2018).

más dinámicas, ofrece parte de la explicación del decepcionante desempeño mexicano entre 2000 y 2008. Este vínculo entre el ritmo de actividad económica en México y el observado en EUA está ampliamente documentado. Sosa (2008) encuentra una correlación entre el ciclo de ambos países de más de 0.8 para el período 1996–2008 mientras que no encuentra ninguna para la década anterior. Por su parte, Esquivel (2009) estima una correlación aun mayor (0.99) al concentrarse en la correlación entre los ciclos de actividad industrial.

Gráfico 4. Destino de las exportaciones. América Latina y el Caribe 2000 y 2007 (porcentaje del total)



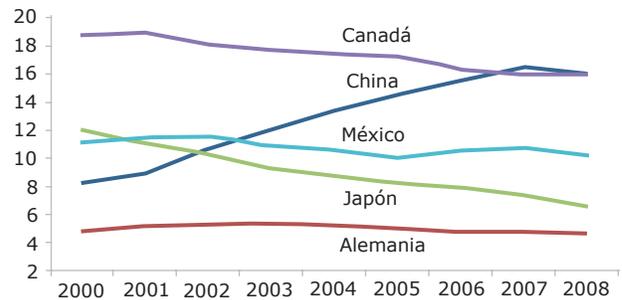
Fuente: Tussie, (2011).

Sumándose a lo anterior, el auge industrial de China y su ingreso a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001 introdujeron un elemento de competencia adicional²⁴ pues China aumentó su participación en las importaciones de EUA de 7.1% en 1994–2000 y 8.9% en 2001 a 16.1% en 2008 superando a Canadá (cuadro 2); si bien la pérdida de participación de México en el mercado de EUA fue relativamente menor (-1.2 puntos) mientras otros países, notablemente Canadá (-2.9 puntos) y Japón (-4.9 puntos), cedían terreno frente a China, es razonable pensar que, en ausencia de la competencia del país asiático, México habría

²⁴ El reporte del Fondo Monetario Internacional (FMI) correspondiente a la Consulta por Artículo IV (2005), estimaba que, para ese año, 74.5% del valor de las exportaciones de México provenía de productos que competían directamente con China. Para el FMI el declive en la participación de México en las importaciones de EUA (y en el comercio mundial) que se registró a partir de 2001 "parece estar relacionado al aumento de la competencia de China" (FMI, 2005: 27).

seguido ganando participación en ese mercado o, por lo menos, no la habría perdido.

Gráfico 5. Participación en las importaciones de EUA. 2000–2008 (porcentaje del total)



Fuente: USITC, (31 de octubre de 2018).

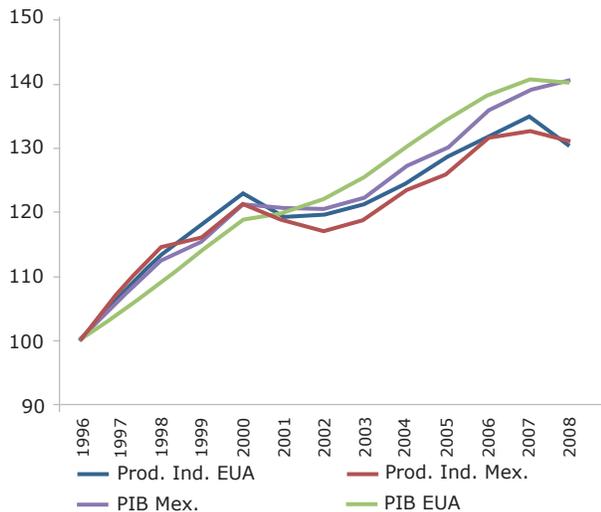
Así, México parece haber sido víctima de una paradoja en cuanto a su inserción en el comercio internacional: cuando consiguió dejar atrás la especialización en la exportación de materias primas, que tradicionalmente se había considerado como uno de los limitantes estructurales al crecimiento, el patrón de expansión de la economía mundial dio lugar a un auge de materias primas que impulsó el crecimiento de los países latinoamericanos que no habían abandonado la especialización en esos bienes y "condenó" a México a seguir la dinámica, más lenta, de la economía estadounidense y de la demanda de manufacturas.

Si bien, como hemos visto, el pobre desempeño relativo de México en el período 2000 –2008 obedece en parte a una evolución desfavorable de la economía internacional, la explicación no se agota ahí. Cabe preguntarse si, dado el entorno externo, la política económica interna fue la adecuada para obtener los mejores resultados de un contexto adverso. El gráfico 6 sugiere que este no fue el caso; se compara ahí la trayectoria de crecimiento de la economía mexicana con la que registró la economía estadounidense en su conjunto y con la producción industrial en particular.

En efecto, luego de crecer más rápidamente que la economía estadounidense en la fase de expansión del ciclo 1994–2000 (4.9% vs 4.4% entre 1996 y 2000), aunque la industria mexicana creció más lentamente que la

producción industrial de EUA, la economía mexicana se contrae durante dos años seguidos mientras que la economía de EUA, en promedio anual, crece ligeramente en 2001 (1%) y 2002 (1.7%). Podría argumentarse que esto se debe a que la desaceleración de EUA fue encabezada por su producción industrial que, de hecho, se reduce en 3.1% en 2001, y que como se señaló antes, está más vinculada al PIB mexicano que el propio PIB de EUA. Sin embargo, ya en 2002, la producción industrial estadounidense (al igual que el PIB de EUA) comienza a recuperarse, mientras el PIB, y sobre todo la producción industrial en México, siguen contrayéndose. Este desempeño inferior de la economía mexicana durante la recesión de 2001–2002, que no puede atribuirse a la desaceleración estadounidense, condiciona el desempeño relativo para el resto del ciclo, por lo menos hasta 2007 que marca el punto de inflexión en EUA, un año antes que en México.

Gráfico 6. EUA y México. PIB y Producción Industrial (1996=100)



Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, (25 de febrero de 2019) e INEGI, (2018).

Visto desde otro ángulo, la vinculación de la economía mexicana a la economía de EUA, y en particular a su producción industrial explica, sin duda, parte del decepcionante crecimiento de México en el período previo a la crisis de 2008, sobretodo porque, a diferencia del período previo a 2000, el crecimiento de EUA entre 2003 y 2007 se vio acompañado de una muy

débil expansión de su producción industrial; sin embargo, el hecho de que México haya crecido menos que EUA hasta 2007 sugiere que la otra parte de la explicación de la reducción del crecimiento entre el ciclo 1994–2000 (3.3% al año) y el ciclo 2000–2008 (1.9% anual) debe buscarse en factores internos.

La respuesta de política económica al ciclo internacional

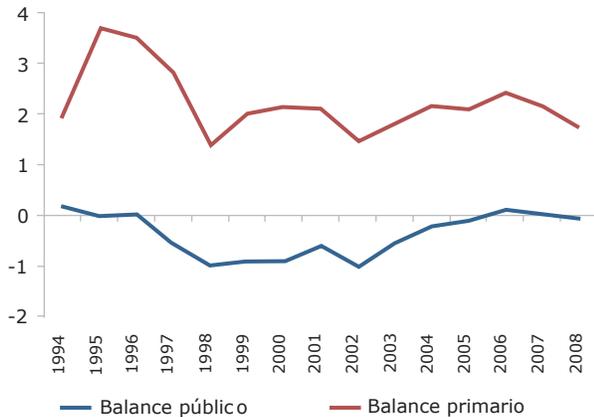
Luego de la crisis cambiaria de diciembre de 1994, y del fuerte ajuste fiscal (el superávit primario pasó de 1.9 a 3.7% del PIB) y la recesión de 1995, la política fiscal acompañó la recuperación de la economía hasta 1998 reduciendo el superávit primario hasta 1.4% del PIB, aprovechando que la revaluación del tipo de cambio real permitía contener el balance tradicional (al reducir el peso de la deuda externa en el PIB) de suerte que el déficit total no rebasó el 1% del PIB, nivel en el que se mantuvo hasta el año 2000. Ante el inicio de la recesión en 2001, la política fiscal no reaccionó, y solo en 2002 se registró una ligera reducción del superávit primario que ya en 2003 volvió a aumentar para iniciar un período de consolidación fiscal que habría de durar hasta el final del ciclo en 2008. De tal suerte que, la respuesta anticíclica de la política fiscal fue prácticamente nula para convertirse más bien en un freno a la actividad durante la recuperación posterior a 2003, una recuperación que, como hemos visto, fue relativamente débil.

La política monetaria, por su parte, ensayó a partir de 1995, y ya bajo el control de un banco central autónomo desde 1993, diversos esquemas de intervención con el fin de cumplir su mandato constitucional prácticamente único: velar por la estabilidad del poder de compra de la moneda.²⁵ Entre estos esquemas, por un tiempo, se estableció un sistema de fijación de metas para los agregados monetarios, pero pronto se inició una transición a un sistema

²⁵ Los otros mandatos, recogidos en el artículo 28 de la Constitución, se refieren a promover el sano desarrollo del sistema financiero y a vigilar el funcionamiento adecuado del sistema de pagos.

de metas de inflación que, para 2001, estaba completamente desarrollado.

Gráfico 7. Balance público y primario (en porcentaje del PIB a precios corrientes)



Fuente: Elaboración propia con base en Banco de México, (2019) e INEGI, (25 de febrero de 2019).

Con un régimen de tipo de cambio flexible en vigor desde fines de 1994, la inflación, que había rebasado el 50% después de la macrodevaluación por esas mismas fechas, se contuvo inicialmente con el ajuste fiscal mencionado más arriba y mediante acuerdos con las organizaciones sindicales y empresariales para coordinar las expectativas de inflación; para 2000, el sistema de fijación de metas para la inflación (originalmente fijando un techo, pero ya para 1999 estableciendo además el objetivo de mediano plazo en una banda de entre 2 y 4% anual, como hasta el presente) había conseguido reducir la inflación a un solo dígito y para 2003 el incremento de precios finalmente alcanzó el techo de la banda objetivo (4%).

En una economía como la mexicana, caracterizada por un alto grado de apertura (tanto comercial como en la cuenta de capital), un régimen de tipo de cambio flotante y una escasa penetración del crédito, tanto en el consumo como en los mercados vinculados a las decisiones de inversión, el efecto convencional de la política monetaria (la reducción de la demanda agregada ante alzas en la tasa de interés) es mucho menos relevante que su efecto a través de las variaciones en el tipo de cambio: un alza en las tasas de interés estimula la entrada de capitales que, a su vez, conduce a

la reducción del tipo de cambio nominal y real.²⁶ Por su impacto directo en la reducción del precio de los bienes comerciables y la reducción relativa de la demanda de bienes no comerciables, la revaluación del tipo de cambio real conduce eficazmente a la contención de la inflación.

Lo anterior implica que el régimen de metas de inflación, en un contexto de mandato único del Banco Central, tendrá un sesgo hacia la apreciación del tipo de cambio real, lo cual se aprecia claramente en el gráfico 8 para el período posterior a la crisis de 1994–1995 y, en particular en 2001 y 2002, cuando la recesión de EUA marcó el inicio del ciclo 2000–2008 de la economía mexicana.

La apreciación del tipo de cambio real, si bien puede tener efectos expansivos a corto plazo al elevar los salarios reales, tiene un efecto depresivo sobre la actividad económica vía inversión.²⁷ Por un lado, al reducir la rentabilidad en el sector de bienes comerciables y, en consecuencia, la inversión en dichos sectores que operan en un contexto de competencia y cuya expansión, en consecuencia, está limitada tanto por la demanda como por su competitividad en los mercados externos– y por el otro, vía exportaciones netas al estimular las importaciones e inhibir las exportaciones (gráfico 8).

De esta manera, ante el choque externo que significó la recesión de EUA en 2001, el conjunto de la política tuvo un efecto procíclico que agudizó la caída del crecimiento en México más allá del de EUA: tanto la política fiscal como la política monetaria, a través de su impacto en el tipo de cambio, contribuyeron a profundizar la desaceleración mexicana y contribuyen a explicar el pobre desempeño por comparación con la economía estadounidense en 2000–2008 y por comparación con el desempeño en el ciclo anterior (1994–2000).

26 Para una reseña detallada de la política monetaria desde la crisis de 1994 y de los canales a través de los que opera, véase Ros (2015); los argumentos de esta sección siguen de cerca los que se presentan ahí.

27 Véase Ibarra y Ros (2018) para una discusión de este tema y un análisis econométrico de los determinantes de la tasa de inversión en el período 1994–2014 en México.

Gráfico 8. Tipo de cambio real (111 países; 1990=100)



Fuente: Banco de México, (2019).

En términos más generales, se puede decir que, en las condiciones de la economía mexicana, el esquema de política económica consistente en atar la política fiscal al objetivo de mantener las cuentas públicas en equilibrio (o muy cerca de él) y en utilizar la política monetaria para controlar la inflación como único objetivo, lo que deja como único elemento para estabilizar la tasa de crecimiento al tipo de cambio real ante choques de demanda. Sin embargo, la operación misma de la política monetaria tiende a inhibir la operación del elemento estabilizador al introducir un sesgo hacia la apreciación del tipo de cambio, con lo que la variable de ajuste termina siendo la tasa de crecimiento del producto.

México en la antesala de la crisis de 2008

De la breve revisión del desempeño de la economía mexicana en el ciclo previo a la crisis financiera de 2008, que desató la Gran Recesión de los años siguientes, se desprenden algunos de los rasgos sobresalientes (lo que los economistas angloparlantes llaman *stylized facts*) que resultan útiles para entender lo que sucedió, para bien y para mal, con la economía mexicana luego de dicha crisis.

En primer lugar, se debe anotar que para 2008 la economía mexicana acumulaba 27 años de muy lento crecimiento de 2.2% anual que,

dado el crecimiento de la población, implicó el estancamiento casi absoluto del producto por habitante en el país. En efecto, el PIB per cápita creció en esos años a una tasa de solo 0.4% anual en promedio. Viendo el fenómeno desde otro punto de vista, la producción por habitante en el país en 2008 fue apenas 11% superior a la que se registró en el año previo a que estallara la crisis de la deuda, con lo cual el proceso de convergencia que México había experimentado en los 30 años previos quedó eliminado por completo (gráfico 2).

Las consecuencias de este largo período de magro crecimiento son múltiples y constituyen, sin duda, uno de los ejes del conjunto de la evolución histórica del país en ese más de cuarto de siglo. Las consecuencias propiamente económicas del colapso del crecimiento posterior a 1981 son diversas y significativas, y seguramente incidieron en el ámbito de la cohesión social y la evolución de la política. Por ahora interesa destacar una en particular que, a falta de mejor denominación, podemos denominar como informalización de la fuerza de trabajo. Se trata del proceso que se presenta en una economía en que el nivel de producción en los sectores modernos (con una alta relación capital-trabajo y un alto nivel de productividad) es insuficiente para emplear a la totalidad de la fuerza de trabajo, cuando el crecimiento de la economía y la tasa de acumulación de capital son tan bajos que una proporción creciente de los trabajadores se emplea en actividades en que la dotación de capital por trabajador es muy baja o incluso nula y en que, por tanto, la productividad y el ingreso por empleado son muy bajos.

En México la informalidad laboral (aproximada por el indicador que estima al respecto el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) desde 2005) alcanzaba 58% de la población ocupada en el tercer trimestre de 2008 (INEGI, 14 de febrero de 2019),²⁸ luego de un proceso en que todo indica que la informalidad

²⁸ Este indicador reúne a quienes trabajan en unidades económicas no constituidas como empresas en los ámbitos agropecuario y no agropecuario, a los trabajadores subordinados (remunerados o no) no registrados en la seguridad social, a los trabajadores por cuenta propia y a los trabajadores domésticos.

creció rápidamente en los ochentas y principios de los noventas.²⁹ Esta característica tiene dos implicaciones relevantes para el desempeño económico posterior a la crisis. Por un lado, reduce el crecimiento de la productividad agregada del trabajo en la economía e incluso, a tasas muy bajas de crecimiento (acompañadas de un aumento importante de la participación del sector informal en el empleo total), puede significar una reducción del producto por hombre empleado en la economía, como de hecho ocurrió entre 1981 y 1994, y después, entre 2000 y 2008. Por otra parte, la informalidad ejerce una presión en el mercado de trabajo que impide que los salarios en el sector moderno o formal de la economía suban al mismo ritmo que la productividad, lo que contribuye al deterioro de la distribución funcional del ingreso.

El segundo de los rasgos sobresalientes del perfil con el que México llegó a la crisis de 2008 se refiere a la nueva forma de inserción de México en la economía internacional. Como se señaló más arriba, y a diferencia del resto de América Latina, para 2008 la economía mexicana había consolidado un patrón de comercio exterior claramente concentrado en manufacturas y en el mercado estadounidense. Esta característica, resultado del cambio de modelo reseñado estaba ya claramente definido para 2008 y, aunado al notable incremento en el grado de apertura comercial a partir de los años ochentas, tiene al menos dos implicaciones importantes para la forma de funcionar de la economía y de los instrumentos de política económica de que disponen las autoridades.

En primer lugar, como ya se señaló, la especialización en manufacturas desvincula a la economía de los movimientos en los precios de las materias primas y la ata a la dinámica de la demanda de manufacturas y, en consecuencia, en el caso mexicano, al ciclo de EUA. Esto que, en principio representa una ventaja dada la mayor elasticidad ingreso de la demanda por manufacturas y la menor volatilidad de sus precios, puede convertirse, como sucedió entre el año 2000 y 2008, en determinante de un

desempeño más pobre. Sin embargo, lo normal es que se constituya en una ventaja frente a los países especializados en la exportación de materias primas como de hecho sucedió en la segunda década de este siglo. Una segunda implicación es que este tipo de inserción en el comercio internacional es más flexible desde el punto de vista de la capacidad de respuesta ante choques de demanda externos. En efecto, la capacidad de la economía de absorber estos choques vía ajustes en el tipo de cambio real y no vía ajustes en el nivel de actividad es mucho menor cuando se depende de ingresos por exportación de materias primas que tienen una menor elasticidad de oferta, pues ésta depende, en parte, de la disponibilidad de recursos naturales.

Si estos dos rasgos del perfil de la economía mexicana en los albores de la crisis de 2008 – la informalización del empleo y la nueva inserción en la economía internacional– son el resultado de cambios estructurales en la misma, los otros dos rasgos que interesa destacar aquí están relacionados, más bien, con el esquema de política económica que se fue configurando desde el ajuste a la crisis de la deuda, y después en respuesta a la crisis de 1994–1995, para consolidarse en el período 2000–2008 en la forma que se mantiene vigente hasta ahora, con los ajustes coyunturales que veremos más adelante, y que ha permitido hacer frente a los choques externos que significaron la crisis internacional de 2008 y la caída del precio del petróleo en 2014. Al ser características vinculadas a decisiones de política económica pueden ser modificadas en cualquier momento por las autoridades. Sin embargo, su permanencia en el tiempo obliga a considerarlas como parte fundamental de la evaluación de lo acontecido con la economía mexicana durante la GR.

El primero de estos rasgos es la configuración básica de la política macroeconómica. En primer lugar, consiste en el mantenimiento del objetivo de finanzas públicas equilibradas con las excepciones del caso ya sea expresadas en una meta de equilibrio fiscal o de cero déficit primario. En segundo lugar, en la adopción del esquema estricto de metas de inflación para la política monetaria que, en el contexto

²⁹ Véase el segundo capítulo de Ros (2013), para una revisión de la bibliografía al respecto.

de mandato único y un régimen de tipo de cambio flotante, se traduce en una tendencia recurrente a la revaluación del peso de suerte que el conjunto de la política económica, si bien resulta efectiva en mantener el equilibrio macroeconómico, contribuye a deprimir el ritmo de crecimiento económico.

El segundo rasgo relevante del perfil de la economía mexicana en el momento en que estalló la crisis internacional de 2008 y que contribuye a definir la calidad de la respuesta a la misma está asociado a la política fiscal que se fue configurando desde la década de los ochentas; se trata de lo que podríamos llamar la retirada del sector público del proceso de formación de capital en la economía mexicana.

Cuadro 2. Inversión fija bruta al final de cuatro ciclos (porcentaje del PIB)

	1979-1981	1993-1994	1998-2000	2006-2008
Inversión privada	13.9	18.3	17.4	16.8
Inversión pública	11	3.8	3.0	5.0
Total	24.9	22.1	20.4	21.8

Nota: Los datos de 1993 en adelante fueron tomados de INEGI. Los datos para el período de 1979-1981, fueron tomados de Ros.

Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI, (2017) y Ros, (2013).

El drástico ajuste fiscal que siguió a la crisis de la deuda afectó de manera preponderante al gasto en inversión del sector público. Como se aprecia en el cuadro 2, que muestra las tasas de inversión pública y privada al final de cada ciclo económico, el elevado crecimiento de la economía mexicana en los años del auge petrolero se apoyó en un esfuerzo de inversión que, medido como proporción del PIB fue el máximo histórico registrado hasta ahora; en torno a 25% del producto en los últimos tres años del prolongado período de crecimiento que culminó en 1981. Para cuando el largo ciclo que inició con el colapso del crecimiento alcanzó su punto máximo, entre 1993 y 1994, la inversión pública había caído en más de siete puntos

porcentuales como porcentaje del producto. Esta tendencia a la baja continuó durante el ciclo siguiente, la inversión pública solo alcanzó el 3% del PIB entre 1998 y 2000.

En las dos décadas que van de 1981 al fin del auge de los noventa en 2000, la inversión privada aumentó de forma importante, en parte debido a que sustituyó al Estado en varias ramas de la economía como resultado del proceso de privatización en el nuevo modelo de desarrollo, pero no en medida suficiente para compensar la retracción de la inversión pública. Esta retirada del Estado del proceso de acumulación de capital, como parte de la «nueva normalidad» o del nuevo paradigma de política fiscal, ha tenido efectos negativos sobre la dinámica del crecimiento económico y, al dificultar el desarrollo de la infraestructura en las zonas atrasadas del país, sobre la desigualdad entre sus regiones.

En resumen, la economía mexicana llega a 2008 luego de optar por un cambio radical en el modelo de desarrollo con casi tres décadas de muy bajo crecimiento que se traducen en otros tantos años de estancamiento del producto por habitante; este desempeño dio lugar a un proceso de informalización de la fuerza de trabajo que condujo al estancamiento del producto por trabajador en la economía en su conjunto. Simultáneamente, se modificó de manera radical el patrón de comercio exterior hacia la «industrialización» de las exportaciones y se consolidó un patrón de política económica que, aunque logró mantener la estabilidad macroeconómica frente al choque externo que significó la recesión de 2001-2002, no consiguió que la estabilidad se viera acompañada de un repunte significativo del crecimiento. Años después Guillermo Ortiz, quien fuera Secretario de Hacienda y Gobernador del Banco de México, reconocería esta decepcionante realidad: "Siempre teníamos la ilusión de que logrando la estabilidad macroeconómica íbamos a poder empezar una etapa de crecimiento... y simplemente el despegue económico no se produjo"³⁰.

30 Diario Reforma, 29 de agosto, 2013. Citado en Ros, (2015: 107).

La crisis de 2008 y el desempeño económico de México

2008 – 2017: El desempeño de la economía en perspectiva comparada

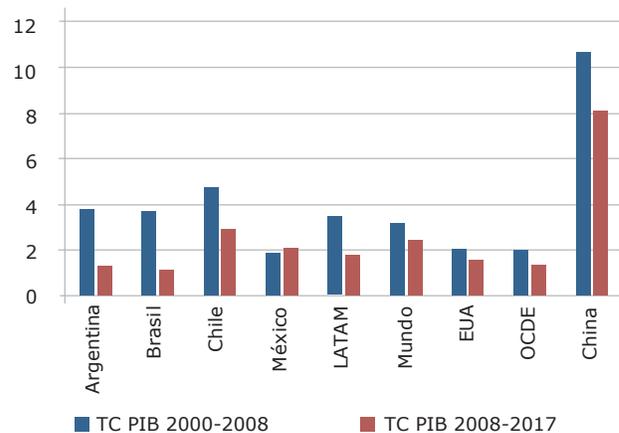
La GR detonada por la crisis en el sistema financiero estadounidense en 2008 dio inicio con la primera contracción del PIB mundial en muchas décadas (del orden de 1.7%). Por un tiempo dio la impresión de que el mundo estaba en el umbral de la segunda Gran Depresión, sin embargo, la oportuna puesta en práctica de políticas expansivas en el ámbito fiscal y monetario al principio y, sobretodo, monetario en un segundo momento, impidieron que ese aterrador escenario se materializara. Aun así, la recuperación que siguió al choque inicial ha sido muy modesta; en prácticamente todas las regiones y en la mayoría de las economías nacionales, el crecimiento entre 2008 y el presente ha sido más lento que el magro avance registrado en el ciclo previo (2000–2008) como se ilustra en el gráfico 9.

Las reducciones en el crecimiento han sido particularmente severas en América Latina; la región en conjunto creció más que la economía mundial en el período previo a 2008, pero en los nueve años posteriores ese crecimiento se redujo a la mitad, con las economías de Argentina y Brasil apenas superando el 1% en promedio anual para el período 2008–2017. La excepción a este patrón generalizado es México; luego de rezagarse frente al crecimiento latinoamericano y al de EUA entre 2000 y 2008, como vimos en la sección anterior, en el período de la GR, la economía mexicana acelera ligeramente su ritmo de crecimiento (de 1.9% a 2.1% anual) y supera el crecimiento tanto de América Latina como de EUA y el conjunto de la OCDE.

La ventaja en el desempeño comparativo desaparece cuando se considera el crecimiento de la población. En términos per cápita, el crecimiento mexicano (0.7% anual) resulta ahora prácticamente igual al de América Latina en su conjunto (0.6%) y al de EUA (0.8%) como muestra el gráfico 10. El panorama es

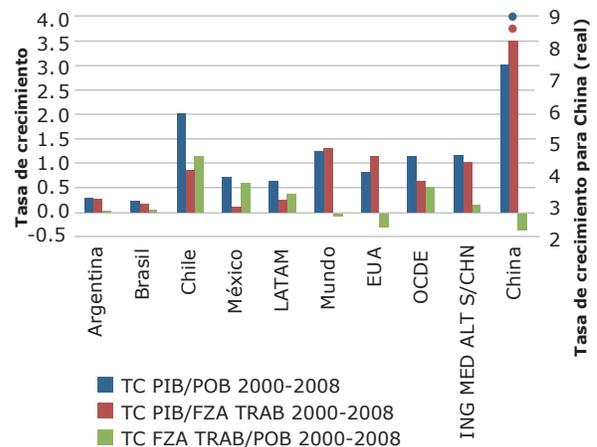
aún menos alentador cuando se examinan los componentes del crecimiento del producto por habitante, prácticamente la totalidad del crecimiento del PIB per cápita obedece al incremento en la tasa de participación de la población en la fuerza de trabajo durante los nueve años que han transcurrido desde la crisis y el casi nulo incremento del producto por trabajador en México resulta menor al de América Latina e inferior al de EUA y la OCDE, así como al del conjunto de los países de ingresos medios altos.

Gráfico 9. Tasa de crecimiento anual del PIB



Fuente: Banco Mundial, (2018).

Gráfico 10. Crecimiento del PIB por habitante y sus componentes



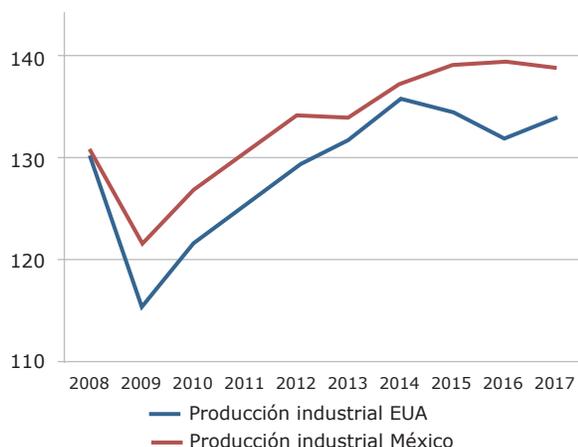
Nota: Para China (real): ● PIB/POB y ● PIB/FZA TRAB

Fuente: Banco Mundial, (2018).

El entorno internacional y la economía mexicana

La crisis de 2008 – 2009 parecía diseñada para impactar a la economía mexicana, por originarse en EUA y afectar sobre todo a la demanda de productos industriales, notablemente los bienes durables y en concreto la industria automotriz. Una vez más, el tránsito a la especialización en la exportación de manufacturas, en principio positivo, se convirtió en un problema: la producción industrial de EUA se contrajo en más de 11% en 2009 y no recuperó su nivel de 2008 hasta cinco años después; en conjunto para el período, la recuperación es mínima: la producción industrial de EUA en 2017 fue apenas 3% superior a la de 2008.

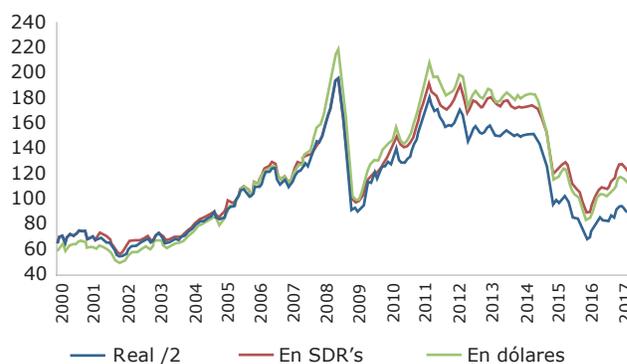
Gráfico 11. Producción industrial EUA y México Base 1996=100



Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, (2018).

El choque para los países exportadores de materias primas fue igualmente profundo en un primer momento, pero la recuperación fue rápida; los precios de dichas mercancías cayeron en 2009, desde el muy elevado nivel que habían alcanzado en 2008, en más de 50%, pero a partir de 2010, se recuperaron rápidamente, tanto en dólares corrientes como en términos reales. No fue sino hasta 2014 que los precios de las materias primas, y sobre todo del petróleo, volvieron a mostrar una tendencia a la baja hasta volver a los niveles observados antes del *boom* de las materias primas en el período previo a la crisis de 2008.

Gráfico 12. Índices de precios de materias primas (2005=100)/¹



Nota: ¹/ Combina los índices de precios de energía y de *commodities* primarios sin combustibles.

²/ Deflactado por dólares CPI.

Fuente: FMI, (30 de marzo de 2018).

Dada esta evolución del entorno internacional y el alto grado de apertura de la economía mexicana, no es de extrañar que la recesión mexicana inicialmente resultara más pronunciada que en el resto de América Latina. Sin embargo, como se vio más arriba, para el período 2008–2017, el crecimiento en México superó tanto al de América Latina como al de EUA, a diferencia de lo que sucedió en el período previo a la crisis. En la comparación con América Latina, el desplome de los precios de las materias primas a partir de 2014 juega un papel central para explicar el bajo crecimiento de América Latina en los últimos años del período; sin embargo, debe notarse que este hecho afectó también a México, aunque más que como un choque de demanda externa como un choque de ingresos fiscales debido al colapso de los precios del petróleo; en cualquier caso, la explicación del relativo mejor desempeño de México frente al período anterior y frente a EUA debe buscarse en factores internos vinculados a la política económica, sin perder de vista que dicha mejoría fue del todo insuficiente para romper con la tendencia de largo plazo al muy lento crecimiento económico.

La política económica frente a la crisis de 2008

La economía mexicana comenzó a desacelerarse en el segundo semestre de 2008, después de la quiebra de Lehman Brothers, aunque todavía registró un crecimiento positivo durante ese año; para 2009, se contrajo 5.3%. El choque externo fue considerable, y más aún si se considera que el grado de apertura de la economía alcanzaba ya el equivalente al 58.9% del PIB. El volumen de exportaciones se redujo en 14.3% y su valor en 22%, impulsados principalmente por el colapso de la exportación automotriz (38% en 2009I frente a 2008IV) y por la caída en el precio del petróleo, que supuso una reducción del valor de la exportación petrolera de 50.3% en 2008IV frente a 2008III y de 26% adicional en 2009I), (CEPAL, 2009 citado en Ros, 2010) aunado a lo anterior, las remesas se redujeron en más de 15% en 2009 y la corrida hacia el dólar, que se observó a nivel internacional, se tradujo en una fuerte presión también en la cuenta de capital de la balanza de pagos. El tipo de cambio se disparó de niveles de 10 pesos por dólar a mediados de 2008 a 15 pesos por dólar en febrero de 2009; esta presión en el mercado cambiario llevó al Banco de México a poner en práctica una política monetaria restrictiva durante la segunda mitad de 2008. Fue hasta febrero de 2009, luego de asegurar acuerdos con el Banco de la Reserva Federal en octubre de 2008 y estar cerca el acuerdo con el FMI en abril de 2009, que la política monetaria se flexibilizó con un tipo de cambio estabilizado en torno a 13 pesos por dólar.

Así, el tipo de cambio real, que había alcanzado una depreciación real de 28.3% en marzo de 2009 frente a su valor más bajo –en los registros promedio mensuales– observado en agosto de 2008, comenzó a apreciarse, pero gracias a la relajación de la política monetaria, no volvió a los niveles previos a la crisis financiera. Así, el tipo de cambio real se mantuvo, durante 2009, 23% por encima del valor mínimo de agosto de 2008, y aunque con altibajos, entre 13 y 16% arriba de dicho nivel, en promedio, entre 2010 y 2012. La política fiscal, por su parte, vino a reforzar el signo anticíclico de la política monetaria y cambiaría

a partir de 2009; el balance primario, que se había mantenido en superávit desde al menos los años noventas registró un pequeño déficit en 2009 que se amplió a 0.9% del PIB en 2010 para mantenerse entre ese nivel y 0.6% del producto hasta 2012³¹.

Gráfico 13. Balance público y primario (en porcentaje del PIB a precios corrientes)



Nota: Los datos correspondientes a las variables balance público, balance primario y tipo de cambio real fueron tomados de Banco de México, y los del PIB de INEGI.

Fuente: Elaboración propia con base en Banco de México, (2019) e INEGI, (25 de febrero de 2019).

En una perspectiva comparada internacional, y en vista de la magnitud del choque externo, la reacción de la política económica puede juzgarse excesivamente prudente. Como señala Ros (2010), a partir de cifras reportadas por la OCDE en 2009, el estímulo fiscal inicial fue menos vigoroso que el de múltiples países de la OCDE incluido, desde luego, EUA y que el de otros países latinoamericanos, a pesar de que el espacio fiscal era a todas luces amplio, representado por una relación entre deuda y PIB particularmente baja en ese momento.³²

³¹ El incremento en el déficit, al menos en 2009, se explica en parte, como resultado de la recesión misma que reduce los ingresos tributarios frente a los que se hubieran registrado en ausencia de la misma. En otras palabras, la reducción del balance estructural –una aproximación más correcta al impulso fiscal– seguramente hubiera sido menor a la que se observa en realidad. En las Consultas del Artículo IV de 2012, el FMI estima el impulso fiscal en 1.9 puntos porcentuales del PIB para 2009, aunque esta cifra varía en las ediciones siguientes de esta publicación. Véase FMI, (2012).

³² Para 2008, la deuda pública representaba 33.2% del PIB, un porcentaje relativamente bajo por comparación con la mayoría de los países de la OCDE y su servicio absorbía solo 1.8% del PIB y 7.8% del gasto público total. Para un análisis

De igual manera, la política monetaria fue particularmente cauta: como se señaló, solo comenzó a relajarse en febrero de 2009 y la reducción en la tasa de referencia fue de menor magnitud que en otros países. Tal vez el mejor ejemplo de lo anterior es la comparación de México y Canadá que documenta Ros (2010), con condiciones similares de exposición al comercio con EUA y un grado de apertura similar, la caída del PIB en Canadá fue de -2.7% (-5.3% en México) mientras que el estímulo fiscal y monetario fueron considerablemente mayores. Aun así, debe destacarse que la política seguida a partir de 2009 constituyó un alejamiento del esquema de política consolidado desde principios de la década, tal vez acicateado por la magnitud de la crisis, y que permitió una recuperación rápida de la economía, que en 2010 recuperó el nivel de producto de 2008, y que, al mantenerse, condujo a alcanzar tasas de crecimiento de 3.6 y 3.7% en 2011 y 2012 respectivamente, las cuales, sin ser espectaculares, son mucho más satisfactorias que las registradas en lo que va del siglo.

Gráfico 14. Tipo de cambio real (111 países; 1990 = 100)



Nota: Los datos correspondientes a las variables balance público, balance primario y tipo de cambio real fueron tomados de Banco de México, y los del PIB de INEGI.

Fuente: Elaboración propia con base en Banco de México, (2019) e INEGI, (25 de febrero de 2019).

de la evolución del peso de la deuda pública véase Casar (2017). Adicionalmente, debe mencionarse que en el contexto posterior a la crisis era previsible un período más o menos largo de tasas de interés reales muy bajas o negativas.

Gráfico 15. Tasa de crecimiento del PIB (porcentaje sobre el año anterior)



Nota: Los datos correspondientes a las variables balance público, balance primario y tipo de cambio real fueron tomados de Banco de México, y los del PIB de INEGI.

Fuente: Elaboración propia con base en Banco de México, (2019) e INEGI, (25 de febrero de 2019).

Esta dosis de moderado pragmatismo no habría de durar mucho. Ya en el segundo semestre de 2012 inició una tendencia a la revaluación real del peso que lo llevó en abril de 2013 prácticamente al mismo nivel que tenía a mediados de 2008, antes de la crisis financiera; de nuevo con altibajos, el tipo de cambio real habría de mantenerse en niveles muy bajos, hasta noviembre de 2014, lo que supuso un obstáculo al mantenimiento del ritmo de crecimiento de la actividad económica. Este freno a la actividad se expresó, por un lado, en la desaceleración de la producción industrial (gráfico 11) que se estancó debido a la desaceleración de las exportaciones, a pesar de que la producción industrial de EUA creció 2% en el año, y por la otra, en la caída de la inversión privada que se redujo en un punto como porcentaje del PIB³³.

Esta evolución del tipo de cambio real se combinó, en 2013, con una política fiscal ligeramente contraccionista (tanto el déficit público como el primario se redujeron en dos décimas de punto como porcentaje del PIB), en condiciones de muy bajo crecimiento, para dar lugar a una severa desaceleración del crecimiento: el PIB, que había crecido 3.6%

³³ El valor de las exportaciones, que había crecido 14.6% en 2011 y 12.7% en 2012, registró una variación de -0.1% en 2013 (INEGI, 25 de febrero de 2019). La inversión privada se redujo de 17.7% a 16.8% del PIB entre 2012 y 2013. (INEGI, 2018).

en 2012, se expandió solo 1.4% en 2013. Para 2014 y 2015 se ensayó, por segunda vez luego de 2009, una política fiscal expansiva para hacer frente a la desaceleración; en 2014, al combinarse con la persistencia de un tipo de cambio real en niveles muy bajos, el estímulo fiscal dio lugar solo a una modesta recuperación el PIB creció 2.8% y en 2015, la ampliación del estímulo fiscal aunada a la depreciación del tipo de cambio real como resultado del colapso del precio del petróleo a partir de mediados de 2014, permitió a la economía alcanzar su tasa de crecimiento más alta en esta administración: 3.3 por ciento³⁴.

Denuevacuenta, sin embargo, la flexibilización de la política fiscal duró poco. A partir de 2016 fue creciendo en medios financieros y de prensa la preocupación por el crecimiento de la deuda pública producto de la moderada expansión fiscal de los años previos, en una discusión que nunca se hizo cargo cabalmente de la mejora observada en los indicadores de capacidad de pago, ni de la evolución de la deuda total –incluida la extrapresupuestal– que creció mucho menos que la deuda total del sector público. En efecto, la capacidad de pago por los ingresos tributarios corrientes (excluyendo los ingresos por una sola vez y los ingresos volátiles como los petroleros) en relación al saldo histórico de los requerimientos financieros, se tiene que esta medida amplia de la deuda equivalía a 4.5 veces dichos ingresos en 2012, y a 3.7 veces en 2016; por otro lado, cabe señalar que mientras que la deuda bruta del sector público pasó de un valor equivalente al 21.4% del PIB en 2006 –un nivel históricamente muy bajo– a 50.0% en 2016, el saldo histórico de los requerimientos del sector público pasó de 29.8% del PIB en 2006 a 50.5% en 2016 (Casar, 2017).³⁵ El tema de la deuda «excesiva» está detrás del viraje en la política fiscal, desde 2016, hacia la «consolidación fiscal» que consiste en buscar, independientemente del estado que guarde la

actividad económica, un presupuesto equilibrado y, desde luego un superávit primario, para reducir el coeficiente de deuda con respecto al PIB. Como se aprecia en el gráfico 13, en 2016 se registró un balance primario prácticamente igual a cero y en 2017 un superávit de 1.4% del PIB, con lo que el balance público total se acerca rápidamente a cero.

El razonamiento detrás de esta estrategia fiscal de austeridad, en boga en ciertos círculos de pensamiento conservador, tiene su origen en la idea de que el gasto público es incapaz de elevar la demanda agregada ya sea por un supuesto efecto de desplazamiento de la inversión privada (*crowding out* de la inversión en la expresión en inglés) según el cual un aumento en el déficit público compite por los fondos disponibles para el sector privado, eleva la tasa de interés y disminuye el volumen de crédito a los privados, o simplemente por la vigencia de la «equivalencia ricardiana» según la cual los privados saben que cualquier gasto adicional del gobierno implica mayores impuestos en el futuro y por tanto elevan su propensión al ahorro para hacer frente a esa mayor carga tributaria en el futuro, dejando el gasto total constante. De aquí que, apostando a la operación en reversa del efecto desplazamiento, o a la vigencia de la «equivalencia ricardiana», se proponga disminuir el déficit para estimular la inversión privada.

En su versión contemporánea, el argumento ha girado en torno a los efectos de la reducción del déficit, con vistas a reducir la deuda pública, sobre la confianza del sector privado, y por esa vía, sobre la inversión privada. El argumento, además, con frecuencia se extiende para señalar que el efecto expansivo de la reducción del déficit sobre la confianza y la inversión es particularmente notable cuando la reducción del déficit proviene de la reducción del gasto público más que de la elevación de impuestos. Esta variante, basada en el examen empírico de episodios de contracción fiscal sugiere que, ante ajustes sustantivos en el déficit primario (más de 1.5% del PIB), aumentará el ingreso disponible esperado de los consumidores y aumentará la confianza de los inversionistas con lo cual la demanda agregada se expandirá.

34 Esta política fiscal expansiva no impidió, sin embargo, que la inversión pública mantuviera su tendencia a la baja.

35 Se argumenta en el documento citado, también, que la deuda no es particularmente alta en términos comparativos y que su crecimiento –en la medida amplia de la deuda– se encuentra por debajo del crecimiento de la mediana de los países de la OCDE.

De aquí el oxímoron “contracción expansiva” asociado a la llamada escuela Bocconi y sobre todo al trabajo de Alberto Alesina.³⁶ Tanto en su vertiente teórica como empírica este enfoque ha sido objeto de numerosas críticas, incluidas las provenientes del propio FMI; ya en 2011, Olivier Blanchard, a la sazón economista en jefe del FMI, sostenía, por un lado, que luego de la expansión fiscal en respuesta a la crisis de 2008 se requería “una consolidación fiscal significativa”, pero por el otro se refería a la “esquizofrenia” de los inversionistas en torno a la consolidación fiscal y el crecimiento: “Reaccionan positivamente a las noticias de la consolidación fiscal, pero luego reaccionan negativamente, cuando la consolidación conduce a un crecimiento más bajo – lo que a menudo es el caso” (Blanchard, 21 de diciembre de 2011, traducción propia).

Independientemente del partido que tome uno en el debate entre austeridad y estímulo fiscal, y al margen de la motivación de las autoridades hacendarias para el viraje de política fiscal en 2016, el caso parece ser que la contracción fiscal de 2.6 puntos porcentuales del PIB entre 2015 y 2017 (gráfico 13), y que por tanto cumple los criterios de Alesina para un ajuste significativo, no tuvo el efecto expansivo esperado: la tasa de crecimiento se desaceleró de 3.3% en 2015 a 2.9% en 2016 y a 2% en 2017³⁷. Cabe señalar, que de no haber sido por el elevado tipo de cambio real que prevaleció desde fines de 2015 hasta 2017 (28%, en promedio, por encima del mínimo de agosto de 2008) ante la incertidumbre provocada por el relevo presidencial en EUA y la renegociación del TLCAN, la desaceleración hubiera sido mayor, sobre todo en vista de la desaceleración de la producción industrial estadounidense³⁸.

36 Para una reseña del debate en torno a la austeridad vs el estímulo fiscal y una selección de textos de ambos lados de la polémica, véase Skidelsky y Fraccharoli (2017).

37 Es probable que la consolidación fiscal haya obedecido más al temor de perder el grado de inversión por parte de las calificadoras de riesgo que a un intento de poner en práctica una “contracción expansiva”.

38 En efecto las exportaciones mexicanas de bienes y servicios crecieron 16.2% y 11.1% en 2016 y 2017 respectivamente; en ausencia de este crecimiento de las exportaciones, el crecimiento del producto se hubiera reducido mucho más.

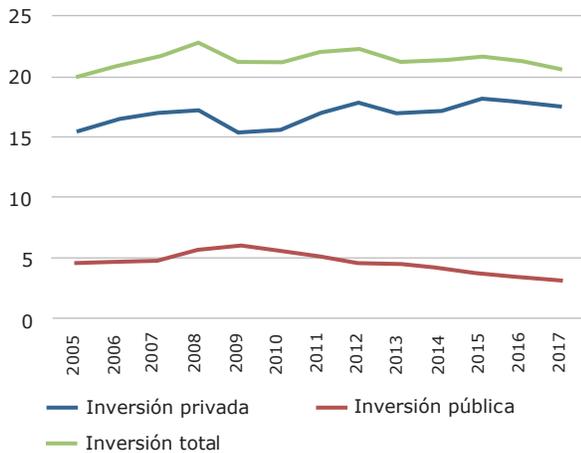
En suma, la política económica implementada en respuesta a la crisis financiera internacional mantuvo el esquema vigente desde el ciclo anterior, si bien con algunas excepciones temporales, como se señaló más arriba: el estímulo fiscal en 2009–2010 y luego en 2014–2015 y la mantención de un tipo de cambio real alto en respuesta a las condiciones excepcionales de la crisis de 2008 y de la caída del precio del petróleo y de la inestabilidad producida por el cambio de gobierno en EUA. La búsqueda de la consolidación fiscal desde 2016 y la evolución reciente de la política monetaria que busca el fortalecimiento del peso sugieren que la política macroeconómica sigue siendo concebida en torno al mismo esquema: presupuesto balanceado para reducir la deuda y política monetaria de metas de inflación con tipo de cambio flotante centrada exclusivamente en el control inflacionario, lo que genera una tendencia recurrente a la apreciación del tipo de cambio y opera en contra de la función estabilizadora del nivel del tipo de cambio real sobre el nivel de actividad.

Inversión y crecimiento luego de la crisis financiera internacional

Al final de la sección anterior se prestó atención sobre uno de los rasgos sobresalientes del perfil de la economía mexicana en la antesala de la crisis de 2008: la retirada del Estado del proceso de inversión como resultado del ajuste fiscal desde la época de la crisis de la deuda; esta tendencia se profundizó en el período posterior al inicio de la GR, como se aprecia en el gráfico 16. Luego de un modesto repunte a en los últimos años del ciclo 2000 – 2008, y de que la inversión pública alcanzara el 6% del PIB, como consecuencia de la caída del producto en 2009 y del estímulo fiscal anticíclico de ese año, la contribución del sector público al esfuerzo de inversión en el país se ha venido reduciendo sistemáticamente año tras año para llegar a 3.1% en 2017. Por su parte, la inversión privada registra una ligera tendencia al alza: en los últimos tres años se ubica, en promedio, en 17.8% del PIB, mientras en los tres años finales del ciclo anterior registró un promedio

de 16.8%. Este aumento, sin embargo, se vio más que compensado por la reducción de la inversión pública, de suerte que en el último trienio (2015–2017) la inversión total (21.2% del PIB) se ubica medio punto por debajo de lo registrado en los tres años previos a la crisis (21.8%).

Gráfico 16. Formación Bruta de Capital Fijo



Fuente: INEGI, (2017).

El resultado final es el que se presentó al inicio de esta sección. Por un lado, una muy ligera aceleración del crecimiento (de 1.9% a 2.1% anual entre el ciclo anterior y el posterior a la crisis financiera internacional). Por otro, una igualmente ligera mejora en el crecimiento del PIB por habitante y por trabajador. En ambos casos, en condiciones externas adversas: la economía mundial y en particular la de EUA, que crece sustancialmente menos que en el período previo, y una fase recesiva inicial del ciclo que afectó a México de manera particularmente severa, dada su vinculación a la exportación de manufacturas, sobre todo al mercado estadounidense. Por otro lado, no se debe soslayar el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica, primero, frente a la recesión estadounidense y la volatilidad de los mercados y la incertidumbre que la acompañaron y, después, frente al colapso del precio del petróleo a partir de mediados de 2014. Se evitó el desastre que ha aquejado a otras economías latinoamericanas, pero continúa el anémico crecimiento que aqueja al país desde 1982.

Consecuencias de largo plazo de la ortodoxia

Política macroeconómica y lento crecimiento

¿Cómo evaluar el desempeño de la economía en su conjunto luego de la crisis financiera internacional de 2008 ante estos resultados contradictorios? Por un lado, la economía mexicana presenta mejoras marginales en su desempeño frente a lo registrado entre 2000 y 2008, ya que en el período 2008–2017 el crecimiento tanto del producto como del producto per cápita y el producto por trabajador muestran una pequeña mejoría. Esto en un contexto internacional adverso en que, no se debe soslayar el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica frente a los choques que significaron, primero, la recesión estadounidense, con la volatilidad de los mercados y la incertidumbre que la acompañaron, y después, frente al colapso del precio del petróleo a partir de mediados de 2014. Por otra parte, resulta inescapable la conclusión de que esos avances marginales acompañados de estabilidad han venido a configurar una suerte de prolongación inercial de un desempeño mediocre que, al no encontrar la fórmula para elevar el crecimiento a lo largo de ya más de tres décadas y media, deja al país en la misma situación de atraso relativo en la que estaba en 1950 (gráfico 2), sin poder recuperar el terreno que perdió cuando cayó en la trampa de endeudamiento excesivo en los años ochentas.

Desde por lo menos mediados de la primera década del siglo, luego de que se consolidó la estabilización macroeconómica –en el sentido de mantener la inflación y el balance fiscal y externo bajo control– los economistas de la corriente dominante de la disciplina (el *mainstream* de la misma, como se le nombra de manera sintética en inglés) se han preguntado por qué la economía mexicana no consigue despegar hacia tasas más altas y sostenidas de crecimiento. Después de todo, la política macroeconómica había hecho su tarea: recuperar y mantener la estabilidad macroeconómica. Los obstáculos,

por tanto, debían estar en otro ámbito; si la macroeconomía está bien, el problema debe estar en la microeconomía, en las condiciones en que operan los mercados de bienes y factores. El cambio de modelo que se operó a partir de mediados de los ochentas debería, en esta concepción, haber empezado a rendir frutos en términos de crecimiento una vez lograda la estabilidad; más de una década después de la entrada en vigor del TLCAN, culminación emblemática de la primera generación de reformas económicas, el crecimiento seguía siendo anémico.

En ese contexto, y hace más de una década, el FMI hacía frente a la paradoja del semiestancamiento de la economía mexicana luego de la puesta en práctica de la agenda reformista, con una argumentación que se convirtió durante años en el mantra de la ortodoxia económica; en las Consultas del artículo IV del FMI con el gobierno mexicano en 2005, señalaba:

Fundamentalmente, se requieren reformas estructurales para lograr una transición a un alto crecimiento. Aunque existe hoy un amplio reconocimiento de la necesidad de las reformas –en el sector de energía y en las telecomunicaciones, en el mercado de trabajo, en el sistema judicial, en el sistema fiscal y en el ambiente regulatorio y de negocios– el estancamiento político ha frustrado la culminación de muchos de los puntos de la agenda de reformas establecida por la administración del presidente Fox (FMI, 2005:3).

Más adelante, en el mismo documento, se insistía:

Mirando hacia Adelante, el reto de México es afianzar el significativo avance en el frente de la política macroeconómica y lanzar una nueva ronda de reformas estructurales que permitan la transición a un crecimiento alto (FMI, 2005:28).

La parálisis política a la que aludía el Fondo en 2005 se rompió al inicio de la administración que inició en 2012. El Pacto por México sacó

adelante, en 2013, la segunda ronda de reformas que se venían exigiendo y como se ha visto, el despegue hacia un crecimiento alto y sostenido no se ha producido ni se vislumbra en el horizonte inmediato. Tal vez sea demasiado pronto para esperar resultados de reformas cuyo efecto en el crecimiento, de existir, se esperararía en el largo plazo.

Aun así, en 2017, de nueva cuenta la esperanza de recuperar un crecimiento alto y sostenido en el futuro se hace recaer en la agenda reformista. La “evaluación del personal del FMI” (*staff appraisal*) luego de ponderar la fortaleza de la política macroeconómica mexicana –la consolidación fiscal, la cautela de la política monetaria y la solidez de la regulación financiera– y de advertir sobre la persistencia de los riesgos externos asociados a la política comercial de EUA, concluye su análisis en la misma nota que lo hacían sus pares en 2005, aunque con un menú nuevo de reformas centrado en el Estado de derecho, la corrupción y la informalidad:

Hubo acuerdo en que perseverar en la puesta en práctica completa de la agenda de reforma estructural ayudaría a elevar el crecimiento potencial, a reducir la pobreza y a aumentar la inclusión. Se deberían priorizar las reformas que apuntan a la corrupción, la seguridad, el imperio de la ley y la informalidad, ya que las debilidades en estas áreas pueden impedir que el esfuerzo de reforma ejerza todo su impacto en la economía (FMI, 2017:28).

No es el propósito de este ensayo hacer un examen de la posible relación entre las reformas microeconómicas y el crecimiento. En Casar y Ros (1 de octubre de 2004) y de manera más rigurosa y extensa en Ros (2013a) se desarrollan los argumentos analíticos y empíricos que sustentan la idea de que las reformas no tienen por sí mismas, en ausencia de un viraje en la política macroeconómica, la capacidad de revertir el bajo crecimiento. Visto desde otro ángulo, los problemas microeconómicos que las reformas pretenden solucionar no son los causantes del bajo crecimiento.

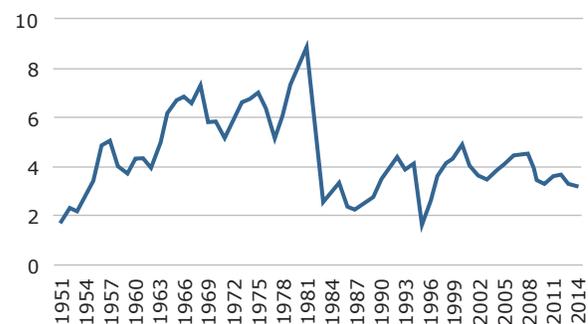
Por el contrario, como se ha visto en las secciones anteriores, parece ser que el esquema de política macroeconómica es el que debe ser considerado responsable del bajo crecimiento de largo plazo, al menos desde que se superó la restricción fiscal y de inversión que afectó a México después de la crisis de la deuda. En efecto, tanto la política monetaria y cambiaria que presentan un sesgo a la revaluación del tipo de cambio y por tanto inhiben el crecimiento de la inversión en la producción de bienes comerciables, como la política fiscal de corto plazo, que ha renunciado –salvo en contados episodios– a jugar un rol anticíclico y en consecuencia mantiene el crecimiento económico, en promedio, por debajo del crecimiento potencial han contribuido al mediocre desempeño que se observa en las últimas décadas. El problema central del esquema de política económica, sin embargo, reside en el recurso reiterado a la reducción de la inversión pública como instrumento para mantener el balance fiscal³⁹.

En efecto, la retirada del Estado del proceso de acumulación de capital se encuentra detrás de la tendencia de muy largo plazo, a la insuficiencia de la inversión para sostener un crecimiento alto: la inversión privada ha reaccionado de manera importante al cambio de modelo de desarrollo, en particular a la apertura y la privatización de empresas estatales (antes de la crisis de 1982 promediaba 14% del PIB y ahora representa casi 18%);, pero la inversión pública, sin embargo, se contrajo en mayor proporción, (de 11% del PIB a menos de 4%), con lo que el resultado neto es una tasa de inversión considerablemente menor. El coeficiente de inversión a PIB se desplomó luego de la crisis de la deuda en 1982 y no se ha recuperado desde entonces: entre 2015 y 2017, se ubica en 3.7 puntos porcentuales por debajo de lo observado de 1979 a 1981, y más de medio punto porcentual por debajo

de su promedio en el período 2006–2008. Otra manera de apreciar el fenómeno es revisando el ritmo de crecimiento del acervo de capital de la economía.

El gráfico 17 muestra el crecimiento anual del acervo de capital de acuerdo a las cifras presentadas por las *Penn World Tables*, versión 9.0 con base en la información del Sistema de Cuentas Nacionales. Como se aprecia, la tasa de crecimiento del acervo de capital crece a tasas que oscilan entre 5 y 8% anual durante los sesentas y los setentas para desplomarse a niveles en torno a 2.5% anual luego de la crisis de la deuda. De ahí en adelante, la tasa fluctúa, siguiendo el ciclo económico, en torno a 4% anual con una tendencia a la baja luego de la crisis de 2008⁴⁰.

Gráfico 17. Evolución del acervo de capital (Crecimiento sobre el año anterior en porcentajes)



Fuente: Feenstra, et al., (2015).

Esta tendencia de muy largo plazo hacia una tasa de crecimiento del acervo de capital disponible que supera por muy poco al crecimiento del producto debe ser considerada, junto con el sesgo anticrecimiento de la política monetaria y la política fiscal de corto plazo, como una de las causas principales, si no es que la principal, del bajo crecimiento de la economía en las últimas décadas. Al margen de las posibles ineficiencias en la asignación de recursos que las reformas microeconómicas o estructurales buscan revertir, el hecho parece ser que en ausencia de un repunte de la tasa de

39 Una excepción importante a esta “regla” fue la reforma fiscal de 2013 y el cambio de régimen del Impuesto Especial sobre Productos y Servicios después. Si bien estas medidas no impidieron la persistente caída de la inversión pública, permitieron hacer frente a la pérdida de ingresos fiscales (equivalente a más de 4% del PIB) que produjo la caída de los precios del petróleo. Sin ellas, la presión sobre el gasto público hubiera sido muy difícil de manejar (Casar, 2017).

40 En la base de datos INEGI-KLEMS la serie de acervo neto de capital a precios de 2013 muestra un comportamiento similar. Para el período 2008 – 2013 registra un crecimiento anual del acervo de 2.6% anual; para esos años, el crecimiento en la serie de PWT es de 3.5% anual.

inversión, la economía difícilmente recuperará una tasa de crecimiento alta y sostenida: el capital necesario para emplear a la fuerza de trabajo en ocupaciones de alta productividad e ingreso simplemente no será suficiente; y como se ha argumentado más arriba, el estancamiento de la inversión se explica por el colapso de la inversión pública.

Lento crecimiento y desigualdad distributiva: los efectos de la marginalización del trabajo en la distribución funcional del ingreso

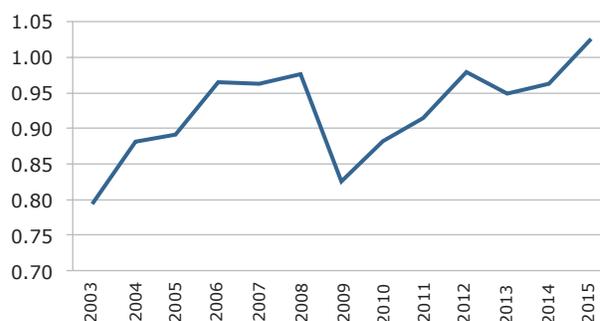
La distribución del ingreso entre los hogares parece haberse deteriorado desde 2008, sobre todo cuando se toman en cuenta, como lo hacen Cortés y Vargas (2017), los efectos de la subdeclaración de ingresos, así como el truncamiento de las encuestas de ingreso y gasto en el tope de la pirámide de ingresos. El lento crecimiento de la economía debe contarse como uno de los causantes de este deterioro por al menos dos vías: la primera, a la que se dedica este apartado, está relacionada con el deterioro de la distribución funcional del ingreso en contra de los salarios, y la segunda con la distribución regional del ingreso, que es objeto del siguiente apartado.

Como se apuntó en la sección 2, uno de los saldos más notables del colapso del crecimiento que siguió al fin del milagro mexicano fue la persistente caída del producto por trabajador en la economía mexicana a lo largo de 13 años. La incapacidad de emplear a la creciente fuerza de trabajo en esos años se tradujo en una “informalización” del trabajo que, si acaso, se profundizó en las décadas siguientes y que alcanza a casi el 60% de los participantes en el mercado de trabajo. Este proceso abarca a los trabajadores en unidades económicas no constituidas como empresas y que no cumplen con los registros que marca la ley –se trata de unidades generalmente pequeñas, con escaso capital por trabajador y baja productividad– pero también a los trabajadores subordinados, a los no registrados en la seguridad social, a los trabajadores domésticos y a los trabajadores por cuenta propia del sector agropecuario

y da cuenta de entre 57 y 59% del total de ocupados en México entre 2005 y 2017, que es el período para el que se cuenta con información comparable (INEGI, 14 de febrero de 2019).

La persistencia en el tiempo de la informalidad, como resultado de la incapacidad de los sectores con alta relación capital trabajo y alta productividad para incorporar una proporción creciente de la fuerza de trabajo, ha impedido que los avances en la productividad del trabajo en la industria manufacturera y en los servicios modernos den lugar a incrementos de la misma proporción en los salarios. Esto, se ha traducido en un aumento de la participación de las ganancias brutas, a costa de los salarios, en el valor agregado bruto de los sectores modernos de la economía como se aprecia en el gráfico 18.

Gráfico 18. Relación entre la participación de las ganancias brutas y los salarios en el valor agregado bruto



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Ros, (2018).

Así, las ganancias brutas, que representaban menos del 80% de los salarios en 2003, superan a los salarios hacia 2015,⁴¹ en un proceso que solo se vio interrumpido por la caída del PIB en 2009 en que la productividad se contrajo más que los salarios reales.⁴² Con ello, se ha transferido una proporción creciente del ingreso

41 Las ganancias brutas se refieren aquí a las ganancias brutas no agrícolas y se definen como el excedente bruto de explotación del SCN menos el ingreso mixto bruto, menos la renta inmobiliaria, la renta petrolera y minera, y la renta y las ganancias agrícolas. Las participaciones de las ganancias brutas y de los salarios se calculan contra el valor agregado bruto menos los impuestos indirectos y los subsidios.

42 Para un análisis detallado de la evolución de la participación de los salarios en el ingreso a partir de 1990, véase Ibarra y Ros (2017)

de un factor cuya propiedad está distribuida de manera más uniforme –el trabajo– a otro cuya propiedad está más concentrada –el capital– lo que contribuye a concentrar el ingreso entre las familias a favor de los estratos de mayor ingreso.

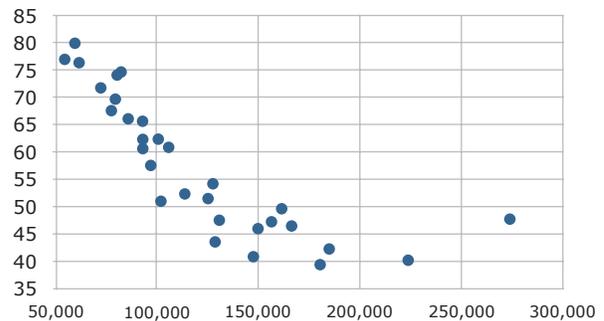
Lento crecimiento y desigualdad regional: inversión pública y distribución del ingreso entre entidades federativas

Un segundo mecanismo por el cual se puede presumir que la distribución del ingreso entre las familias se deterioró a causa del lento crecimiento de la economía, y en particular a que ese lento crecimiento está asociado a la drástica caída de la inversión pública, se infiere de la combinación de los siguientes tres fenómenos: primero, el crecimiento de las entidades con mayor grado de informalidad depende en mayor medida que el resto de la inversión pública pues la inversión privada y la expansión del producto en esas entidades tienden a estar limitados por la oferta de bienes públicos o semi-públicos como la infraestructura o los insumos de uso generalizado, sujetos a fuertes economías de escala. Segundo, el ingreso por habitante tiende a ser menor cuanto más alto es el porcentaje de informalidad de la ocupación de la fuerza de trabajo como se aprecia en el gráfico 19, y tercero, si el ritmo de crecimiento económico es más alto en las entidades que tienen un nivel de ingreso por habitante mayor, de suerte que la diferencia entre regiones atrasadas y más avanzadas se amplía, esto opera, *ceteris paribus*, es decir, suponiendo que se mantiene constante la distribución al interior de cada entidad, a favor de una mayor desigualdad en el ingreso entre las familias al aumentar más rápidamente el ingreso de las familias de las entidades con mayor ingreso por habitante.

El cuadro 3 muestra 30 entidades federativas agrupadas en tres categorías en función del grado de informalidad de la ocupación de su fuerza de trabajo. El grupo 1 reúne a las 10 entidades con menor grado de informalidad (entre 36 y 48%); el grupo 2 a aquellas 10 que registran un grado de informalidad entre 48 y

62%, y el grupo 3 incluye a las entidades con mayor grado de informalidad (entre 63 y 82%). Cabe señalar que la agrupación de entidades sería prácticamente la misma, como sería de esperarse si el criterio de agrupación fuera el PIB por habitante⁴³.

Gráfico 19. PIB por habitante (pesos de 2013) y porcentaje de la población ocupada en situación de informalidad



Fuente: PIB (INEGI, 25 de febrero de 2019) e informalidad (INEGI, 14 de febrero de 2019).

Como se muestra en el cuadro, las diferencias promedio en ingreso por habitante entre grupos son considerables: haciendo al ingreso del primer grupo igual a 100, el ingreso del segundo grupo es de poco más de 60, y el del grupo 3 ligeramente superior a 40. La diferencia entre los grupos 1 y 2 se reduce ligeramente entre 2008 y 2017, en tanto la que separa al grupo 3, los estados con mayor grado de informalidad y menor PIB por habitante se amplía. Esto es el resultado de que el PIB y el PIB por habitante de los grupos 1 y 2 crecen a tasas similares –ligeramente mayores en el grupo 2, debido al crecimiento de entre 3 y 4% anual en Guanajuato, San Luis, Quintana Roo, Zacatecas y Colima– y a que las entidades más pobres crecen más lentamente, 2% en promedio para el período 2008–2017. Cabe señalar que, en este grupo, el más pobre y el que menos crece, el producto por trabajador empleado se

43 Si se dividen las entidades en función de su nivel de PIB por habitante en 2017, el grupo 1 incluiría a las 10 entidades con un PIB per cápita superior a la media nacional; por comparación con la clasificación del cuadro 3, incluiría a Quintana Roo y excluiría a Tamaulipas. En el otro extremo, las 10 entidades con menor PIB per cápita (entre 44 y 68% del ingreso por habitante promedio) son las mismas que se incluyen en el grupo 3 del cuadro, con la excepción de que Morelos pasaría al grupo 2 y sería sustituido por el Estado de México.

Cuadro 3. Entidades agrupadas de acuerdo a su grado de informalidad. Indicadores seleccionados 2008 - 2017

	Tasa de informalidad 2008	Tasa de informalidad 2017	PIB/Hab 2008 Grupo 1=100	PIB/Hab 2017 Grupo 1=100	TCPA PIB	TCPA PIB/Hab	TCPA PIB/Trab
Grupo 1: NL, Chih, Coah, BC, BCS, Ags, Son, Qro, Tamps, CDMX	44.1	41.8	100	100	2.7	1.2	0.8
Grupo 2: QR, Jal, Sin, Col, Dgo, SLP, Mex, Gto, Yuc, Zac	56.6	54.8	62.8	63.3	3.0	1.5	0.9
Grupo 3: Nay, Mor, Ver, Mich, Tlax, Pue, Hgo, Gro, Chis, Oax	70.2	71.5	44.3	41.9	2.0	0.7	0.2

Nota: PIB por entidad federativa a precios constantes de 2013; 2017 estimado a partir de la variación del ITAEE 2016 - 2017. Excluye Campeche y Tabasco debido al peso de la actividad "Minería de Petróleo" en el PIB total (85.4% y 51.1% en 2008 respectivamente). Cifras en porcentaje excepto cuando se indica.

Fuente: INEGI, (29 de enero de 2019).

mantiene prácticamente estancado (crece 0.2% al año, o 1.8% a lo largo de los nueve años posteriores a la crisis) lo que resulta compatible con el hecho de que su grado de informalidad aumenta ligeramente mientras que en los otros dos grupos disminuye.

Así, el lento crecimiento de la economía mexicana a partir de 2008 parece, por un lado, haber implicado un desempeño particularmente malo en términos de crecimiento en las entidades más pobres, en las cuales el muy escaso crecimiento que se registró se debió al incremento de la fuerza de trabajo como proporción de la población pues el producto por trabajador se mantuvo estancado. Si la hipótesis de que el crecimiento de estos estados, caracterizados por un altísimo grado de informalización, depende más de los bienes públicos y semi-públicos que normalmente provee la inversión pública, entonces se debe concluir que el esquema de política económica que ha tenido como pilar central una política de equilibrio presupuestal anclada en la reducción continua de la inversión pública es, al menos parcialmente, responsable del rezago creciente de los estados más pobres, y muy probablemente, por esa vía, ha contribuido al deterioro de la distribución personal del ingreso.

A manera de conclusión

Luego de más de tres décadas y media del fin del milagro económico mexicano, después de tres décadas de emprender un cambio radical en las reglas del juego económico –apertura de la economía y repliegue del Estado de la actividad productiva y la formación de capital– y a casi veinte años de establecer un esquema de política económica efectivo para mantener el equilibrio macroeconómico pero no para detonar el crecimiento, el desempeño de 2008 a la actualidad es solo marginalmente mejor que el registrado entre 2000 y 2008. En lo que hace al ingreso por habitante México sigue, en términos generales, a la misma distancia de las economías líderes que en 1950. El proceso de convergencia que se observó durante 40 años o más, se revirtió violentamente luego de la crisis de la deuda en 1982 y México no ha encontrado de nuevo el camino del crecimiento. En el proceso, la desigualdad distributiva –entre factores de la producción, entre regiones y entre familias– se hizo más profunda. En tanto que el bajo crecimiento contribuyó a ello y, a su vez, la política macroeconómica abonó al bajo crecimiento, dicha política debe ser responsabilizada también de la creciente desigualdad, al menos en parte.

La fe persistente en las reformas microeconómicas para detonar el crecimiento obedece a lo que para la corriente dominante de pensamiento en la disciplina debe resultar una paradoja: la política macroeconómica es un éxito, los llamados fundamentos de la economía son apropiados y, sin embargo, la economía no crece. En respuesta a este dilema se puso en marcha una ronda de cambios estructurales profundos y no hubo resultados; en la primera década del siglo se culpó del anémico crecimiento a la falta de una segunda ronda de reformas, las cuales se concretaron hace hoy cinco años y aún no se ven resultados significativos en términos de crecimiento ni se vislumbran para los próximos años.

La fe en las reformas tiene otra fuente complementaria en el argumento que señala que en el mundo globalizado actual el equilibrio macroeconómico es condición *sine qua non* de la inversión y el crecimiento, esto es que, ante cualquier amenaza de desequilibrio real o percibida, los mercados reaccionan de inmediato castigando al transgresor, precipitando crisis cambiarias y forzando ajustes que lleven de nuevo al equilibrio. El problema con ambos argumentos –la política macroeconómica es un éxito como lo demuestra la situación de equilibrio prevaleciente y de cualquier modo no hay alternativa pues los mercados castigarían cualquier desviación del equilibrio– radica en la idea de que hay una sola configuración de las variables macroeconómicas que produce equilibrio. En efecto, nadie puede sensatamente proponer una política que implique desequilibrios de manera persistente; por ejemplo, impulsar el crecimiento a mediano o largo plazo mediante una política fiscal expansiva, pero sin duda es posible pensar en una configuración de los valores relativos de la tasa de interés, el tipo de cambio real y, sobretodo el nivel de tributación y por tanto de inversión pública, que mantengan el equilibrio y a la vez sean propicios a un crecimiento alto de la economía.

Esta configuración alternativa de política económica seguramente requeriría la adopción de una política monetaria que buscara, en el marco de una política de tipo de cambio flexible, además del control de la inflación,

la preservación de un tipo de cambio real competitivo; una política fiscal que buscara el equilibrio presupuestal y la estabilidad del coeficiente de deuda a PIB a lo largo del ciclo y no en cada momento del mismo, y sobre todo, una política de ingreso y gasto que encuentre el equilibrio fiscal a niveles más altos de carga fiscal y de gasto en inversión pública, digamos a los niveles promedio de la OCDE, o por lo menos, del promedio de América Latina. Esto último, desde luego, enfrentaría obstáculos políticos de consideración, pero como lo demuestra la reforma fiscal de 2013 en adelante, cuando la carga fiscal efectiva aumentó en alrededor de cinco puntos porcentuales del PIB, tampoco es imposible.

En todo caso, en la medida en que se renuncie a buscar un nuevo tipo de equilibrio macroeconómico que estimule el crecimiento, México seguirá inmerso en lo que bien podríamos llamar una trampa fiscal al crecimiento en la que los ingresos fiscales son insuficientes para financiar la inversión pública necesaria para elevar la tasa de crecimiento y disparar un círculo virtuoso que reduzca la informalidad, eleve la productividad promedio de la fuerza de trabajo y contribuya a atemperar la desigualdad.

Autor principal:

José Casar

Agradezco los comentarios de Jaime Ros, Rolando Cordera y Enrique Provencio a la primera versión del trabajo.



Referencias

- Abbott, A. (1983). Sequences of social events: concepts and methods for the analysis of order in social processes. *Historical Methods*, 16(4), 129–147. doi:10.1080/01615440.1983.10594107
- Abbott, A. (1995). Sequence analysis: new methods for old ideas. *Annual Review of Sociology*, 21, 93–113. doi:10.1080/01615440.1983.10594107
- Banco Mundial. (2018). *World Bank Open Data* [Base de Datos]. Recuperado de: <https://data.worldbank.org/>
- Banco de México. (2019). *Sistema de Información Económica* [Base de Datos]. Estadísticas. Recuperado de: <http://www.banxico.org.mx/SieInternet/consultarDirectorioInternetAction.do?sector=9&accion=consultarDirectorioCuadros&locale=es>
- Billari, F. C. (2001). Sequence analysis in demographic research. *Canadian Studies in Population*, 28(2), 439-458. doi:10.25336/P6G30C
- Blanchard, O. (21 de diciembre, 2018). 2011 In review: four hard truths. Blog del FMI. Recuperado de <https://blogs.imf.org/2011/12/21/2011-in-review-four-hard-truths/>
- Cárdenas, E., & Malo, V. (2010). Crecimiento económico, desigualdad en la distribución de la riqueza y movilidad social absoluta en México, 1950-2006. En J. Serrano y F. Torche (Eds.), *Movilidad social en México: población, desarrollo y crecimiento* (pp. 23-70). Ciudad de México, México: CEEY.
- Casar, J. (2017). Deuda pública y política fiscal en México. *Revista de Economía Mexicana*. Anuario UNAM (2), 233-264. Recuperado de <http://www.economia.unam.mx/assets/pdfs/econmex/02/06Casar.pdf>
- Casar, J., & Ros, J. (1 de octubre de 2004). ¿Por qué no crecemos? *Nexos*. Recuperado de <https://www.nexos.com.mx/?p=11271>
- Casselmann, B. (27 de julio de 2018). Economy hits a high note, and Trump takes a bow. *New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2018/07/27/business/economy/economy-gdp.html>
- CEPAL. (2009). *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe*. Santiago, Chile: CEPAL.
- CEPAL. (2012). *Medidas de política implementadas en América Latina y el Caribe ante las adversidades de la economía internacional, 2008–2012* (575). Recuperado de https://www.cepal.org/pses34/noticias/documentosdetrabajo/7/47747/2012-575-Medidas_de_politica-BOOK-WEB.pdf
- CEPAL. (2018). El séptimo decenio de la CEPAL: una reseña de su producción intelectual. En R. Bielschowsky y M. Torres (Eds.), *Desarrollo e igualdad: el pensamiento de la CEPAL en su séptimo decenio. Textos seleccionados del período 2008–2018*. Santiago, Chile: CEPAL. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/id/254527/S1800087_es.pdf
- Clark, S. L. (2010). *Mixture modeling with behavioral data*. Tesis doctoral, University of California-Los Angeles).

- CONEVAL. (2009). *Metodología para la medición multidimensional de la pobreza en México*. México: CONEVAL. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Informes/Coordinacion/INFORMES_Y_PUBLICACIONES_PDF/Metodologia_Multidimensional_web.pdf
- CONEVAL. (2012). *Construcción de las líneas de bienestar 2008: documento metodológico*. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Informes/Coordinacion/INFORMES_Y_PUBLICACIONES_PDF/Construccion_lineas_bienestar.pdf
- CONEVAL. (2013). *Informe de pobreza en México 2012*. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Informes/Pobreza/Informe%20de%20Pobreza%20en%20Mexico%202012/Informe%20de%20pobreza%20en%20M%C3%A9xico%202012_131025.pdf
- CONEVAL. (2017). *Medición de la pobreza. Pobreza a nivel municipio 2010 y 2015*. México: CONEVAL. Recuperado de <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/Pobreza-municipal.aspx>
- CONEVAL. (2018). *Informe de evaluación de la política de desarrollo social 2018*. México: CONEVAL. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Evaluacion/IEPSM/IEPSM/Documents/IEPDS_2018.pdf
- Cordera, R., & Tello, C. (1981). *México, la disputa por la nación: perspectivas y opciones del desarrollo*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Cortés, F. (En proceso de publicación). *Medir la pobreza con gasto*.
- Cortés, F., & Vargas, D. (2017). La evolución de la desigualdad en México: viejos y nuevos resultados. *Revista de Economía Mexicana* (2), 39-96.
- Cortés, F., & Vargas, D. (2017a). *Origen es destino: un análisis longitudinal de la marginación municipal 1990–2015*. Ciudad de México, México: Siglo XXI/PUED-UNAM.
- De la Torre, R. (2005). Ingreso y gasto en la medición de la pobreza. En M. Székely (Ed.), *Números que mueven el mundo: la medición de la pobreza en México* (Vol. 699-734). México: ANUIES/CIDE/SEDESOL/Porrúa.
- Elzinga, C. H. (2007). Sequence analysis: metric representations of categorical time series. *Department of social science research methods*.
- Esquivel, G. (2009). De la inestabilidad macroeconómica al estancamiento estabilizador: el papel del diseño y conducción de la política económica en México. En N. Lustig (Ed.), *(Crecimiento económico y equidad, vol. IX de) Los Grandes Problemas de México*. Ciudad de México, México: COLMEX.
- Fariza, I. (12 de junio de 2018). Los salarios mexicanos se quedan atrás. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/economia/2018/06/09/actualidad/1528568535_268646.html
- Feenstra, R., Inklaar, R., & Timmer, M. (2015). The next generation of the Penn World Table. *American Economic Review*, 105(10), 3150-3182. doi:10.1257/aer.20130954
- FMI. (2005). *Mexico: 2005 Article IV Consultation—Staff Report; Staff Statement; Public Information Notice on the Executive Board Discussion; and Statement by the Executive Director for Mexico* (05/427). Recuperado de <https://www.imf.org/en/Publications/CR/Issues/2016/12/31/Staff-Report-for-the-2005-Article-IV-Consultation-Prepared-by-the-Staff-Representatives-for-18751>

- FMI. (2012). *Mexico: Staff Report for the 2012 Article IV Consultation* (12/316). Recuperado de <https://www.imf.org/en/Publications/CR/Issues/2016/12/31/Mexico-Staff-Report-for-the-2012-Article-IV-Consultation-40119>
- FMI. (2017). *Mexico: 2017 Article IV Consultation-Press Release; and Staff Report* (17/346). Recuperado de <https://www.imf.org/en/Publications/CR/Issues/2017/11/10/Mexico-2017-Article-IV-Consultation-Press-Release-and-Staff-Report-45398>
- FMI. (2018). *World Economic Outlook data base* [Base de datos]. Recuperado de <https://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2018/01/weodata/index.aspx>
- FMI. (2018a). *Expansión menos uniforme, crecientes tensiones comerciales*. Recuperado de <https://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2018/07/02/world-economic-outlook-update-july-2018>
- FMI. (2018b). *Perspectivas de la economía mundial: actualización - enero de 2018*. Recuperado de <https://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2018/01/11/world-economic-outlook-update-january-2018>
- FMI. (2018c). *World Economic Outlook databases* [Base de Datos]. Recuperado de <https://www.imf.org/en/Publications/SPROLLS/world-economic-outlook-databases>
- FMI. (30 de marzo, 2018). *IMF Primary Commodity Prices*. Recuperado de <https://www.imf.org/external/np/res/commod/>
- Grupo de los 20. (21-22 de julio de 2018). *Reunión de Ministros de Finanzas y Presidentes de Bancos Centrales del G20*. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://www.g20.utoronto.ca/2018/2018-07-22-finance-sp.pdf>
- Gabadinho, A., Ritschard, G., Mueller, N. S., & Studer, M. (2011). Analyzing and visualizing state sequences in R with TraMineR. *Journal of Statistical Software*, 40(4), 1-37. doi:10.18637/jss.v040.i04
- Gascón, V. (2018, 21 de junio). Aumenta población con empleos precarios. *Reforma*.
- Goodman, P. (2018, 27 de enero). Every one of the world's big economies is now growing, análisis. *The New York Times* p. A1. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2018/01/27/business/its-not-a-roar-but-the-global-economy-is-finally-making-noise.html>
- Ibarra, C., & Ros, J. (2017). *The decline of the labour share in Mexico* (2017/183). Recuperado de <https://www.wider.unu.edu/sites/default/files/Publications/Working-paper/PDF/wp2017-183.pdf>
- Ibarra, C., & Ros, J. (2018). Profitability and capital accumulation in Mexico: a first look at tradables and non-tradables based on KLEMS. *International Review of Applied Economics*, 1-27. doi:10.1080/02692171.2018.1511691
- INEGI. (14 de febrero de 2019). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo* [Base de Datos]. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/programas/enoe/15ymas/>

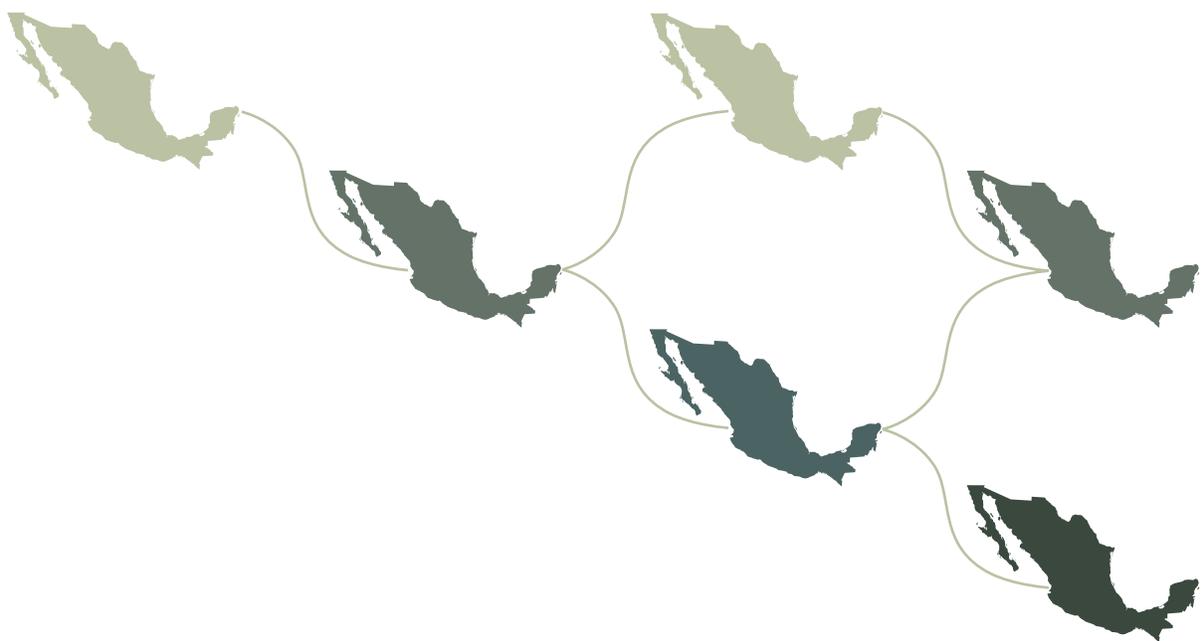
- INEGI. (2014). *Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares* [Base de Datos]. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/app/buscador/default.html?q=engasto+>
- INEGI. (25 de febrero de 2019). *Producto Interno Bruto Trimestral* [Base de Datos]. PIB y Cuentas Nacionales. Recuperado de: <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/cn/>
- INEGI. (2017). *PIB y Cuentas Nacionales* [Base de Datos]. Recuperado de [Recuperado de https://www.inegi.org.mx/datos/?t=0190000000000000](https://www.inegi.org.mx/datos/?t=0190000000000000)
- INEGI. (2018). *Indicadores Internacionales* [Base de Datos]. Banco de Información Económica. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/sistemas/bie/>
- Jones, B. L., & Nagin, D. S. (2007). Advances in group-based trajectory modeling and an SAS procedure for estimating them. *Sociological Methods & Research*, 35(4), 542-571. doi:10.1177/0049124106292364
- Levy, S. (2018). *Esfuerzos mal recompensados. La elusiva búsqueda de la prosperidad en México*. Washington D. C., EUA: BID.
- Lo, Y., Mendell, N. R., & Rubin, D. B. (2001). Testing the number of components in a normal mixture. *Biometrika*, 88(3), 767-778.
- Lustig, N. (1992). *Mexico: The remaking of an economy*: The Brookings Institution.
- McLachlan, G. J., & Basford, K. E. (1988). *Mixture models: inference and applications to clustering*. Nueva York, EUA: Marcel Dekker.
- New York Times. (2018, 17 de julio). Transcript: Obama's speech defending democracy. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2018/07/17/world/africa/obama-speech-south-africa-transcript.html>
- OCDE. (2017). *OCDE. Stat* [Base de datos]. Recuperado de: <https://stats.oecd.org/>
- OCDE. (2018). *OECD Employment Outlook 2018* [Base de datos]. Recuperado de: https://www.oecd-ilibrary.org/employment/oecd-employment-outlook_19991266
- OCDE. (2018a). El aumento en el empleo se ve opacado por un estancamiento sin precedentes de los salarios, sostiene la OCDE [Comunicado de Prensa]. Recuperado de <https://www.oecd.org/centrodemexico/medios/elaumentoenelemploseveopacadoporunestancamientosinprecedentesdelossalariosostienelaocde.htm>
- Ochoa, S., & Yaschine, I. (en proceso de publicación). Contexto socioeconómico para la comprensión de la desigualdad del ingreso monetario en México, 1970-2014. En F. Cortés y A. Salvia (Eds.), *Argentina y México ¿Igualmente (Des)iguales?* Ciudad de México, México: PUED-UNAM/Centro Gino Germani/UBA.
- OIT. (2017). *Informe mundial sobre salarios 2016 /2017. La desigualdad salarial en el lugar de trabajo*. Ginebra, Suiza: OIT.
- OIT. (2018). *World employment social outlook trends 2018*. (13.01.3). Ginebra, Suiza: OIT.

- OIT. (2018a). *Global Wage Report 2018/19. What lies behind gender pay gaps*. Recuperado de https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_650553.pdf
- OIT. (2018b). *Perspectivas sociales y del empleo en el mundo* [Base de Datos]. Recuperado de: <https://www.ilo.org/wesodata/?chart=Z2VuZGVyPVsiVG90YWwiXSZ1bml0PSJOdW1iZXIiJnNIY3Rvcj1bIkluZHVzdHJ5IiwuU2VydmljZXMlLCJBZ3JpY3VsdHVyZSJdJnllYXJGcm9tPTE5OTEmaW5jb21lPVtdJmluZGljYXRvcj1bInVuZW1wbG95bWVudCJdJnN0YXR1cz1bIIRvdGFsI0mcmVnaW9uPVsiV29ybGQiXSZjb3VudHJ5PVtdJnllYXJlUjUyMDE5JnZpZXdGb3JtYXQ9IkNoYXJ0IiZhZ2U9WyJBZ2UxNXBsdXMiXSZsYW5ndWFnZT0iZW4i>
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI* (2 ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Pollin, R., & Zhu, A. (2006). Inflation and economic growth: a cross-country nonlinear analysis. *Journal of Post Keynesian Economics*, 28(4), 593-614. doi:10.2753/PKE0160-3477280404
- Roemer, J. (1996). *Theories of distributive justice*. Londres, Reino Unido: Harvard University Press.
- Ros, J. (2011). The Economic Crisis of 2008-09 and Development Strategy: The Mexican Case. En *Trade and Development. Managing Openness* (Vols. 1-0, pp. 169-182). https://doi.org/10.1596/9780821386316_CH14
- Ros, J. (2013). *Rethinking economic development, growth and institutions*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.
- Ros, J. (2013/a). *Algunas tesis equivocadas sobre el estancamiento económico de México*. Ciudad de México, México: COLMEX/UNAM.
- Ros, J. (2015). *¿Cómo salir de la trampa del lento crecimiento y alta desigualdad?* Ciudad de México, México: COLMEX/UNAM.
- Ros, J. (junio de 2018). *Desigualdad creciente y distribución funcional*. Trabajo presentado en Seminario COLMEX-PUED, Ciudad de México, México.
- Schwarz, G. (1978). Estimating the dimension of a model. *The Annals of Statistics*, 6(2), 461-464.
- Sclove, S. L. (1987). Application of model-selection criteria to some problems in multivariate analysis. *Psychometrika*, 52(3), 333-343. doi:10.1007/BF02294360
- Skidelsky, R., & Fraccharoli, N. (2017). *Austerity vs stimulus*. Londres, Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- Solís, P. (2016). Estratificación social y movilidad de clase en México a principios del siglo XXI. En P. Solís y M. Boado (Eds.), *Y sin embargo se mueve... Estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. Ciudad de México, México: COLMEX/CEEY.
- Sosa, S. (2008). External shocks and business cycle fluctuations in Mexico: how important are U.S. factors? 08(100). Recuperado de IMF Working Papers website: <https://www.imf.org/en/Publications/WP/Issues/2016/12/31/External-Shocks-and-Business-Cycle-Fluctuations-in-Mexico-How-Important-are-U-S-21892>

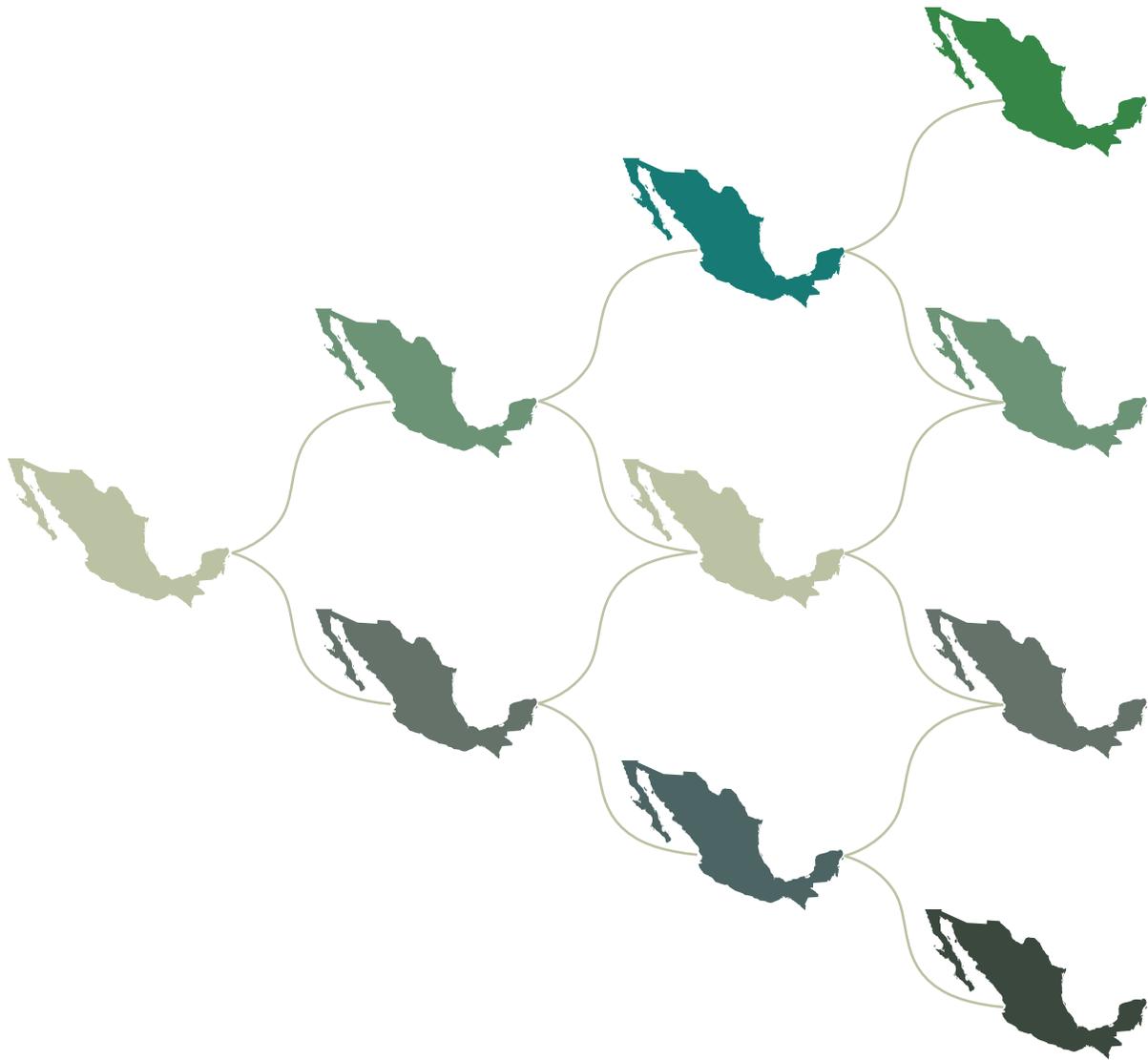
- Spence, A. (2012). *The next convergence: the future of economic growth in a multispeed world*. Nueva York, EUA: Farrar, Straus and Giroux.
- Tussie, D. (2011). *América Latina en el sistema mundial de comercio* (132). Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/267220740_AMERICA_LATINA_EN_EL_SISTEMA_MUNDIAL_DE_COMERCIO
- USITC. (31 de octubre de 2018). *Interactive Tariff and Trade DataWeb* [Base de Datos]. Trade & tariff data. Recuperado de <https://dataweb.usitc.gov/>
- Valdés, S., & Vargas, D. (2018). El rezago social en México 2000–2015 desde un enfoque del análisis de transición latente. *XXXVIII Congreso Internacional de Estadística*. Recuperado de http://ciencias.bogota.unal.edu.co/fileadmin/content/eventos/simposioestadistica/documentos/Simposio_2018/memorias_2018/comunicaciones/El_rezago_social_en_Mexico_2000-2015_desde_un_enforque_del_analisis_de_transicion_latente_-_Servando_Valdes_Cruz.pdf

Eje 1.

La Gran Recesión



Informe del Desarrollo en México



A 10 años de la Gran Recesión
Desastres y desarrollo



Cordera Campos, Rolando, editor. | Provencio Durazo, Enrique, editor.
A 10 años de la gran recesión: desastres y desarrollo / Rolando Cordera y Enrique Provencio (coordinadores).
A diez años de la gran recesión : desastres y desarrollo.
Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Programa Universitario de Estudios del Desarrollo, 2019. | Colección: Informe del Desarrollo en México.
LIBRUNAM 2047848 (libro electrónico)
ISBN colección: 978-607-02-9557-7
ISBN (volumen): 978-607-30-2180-7
Desarrollo económico - México - Siglo XXI. | México - Política económica - Siglo XXI. | Desastres naturales - Aspectos económicos - México. | Terremotos - Aspectos económicos - México.
LCC HC135 | DDC 338.972—dc23

Primera edición: 15 de agosto de 2019

D.R. © 2019 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, c.p. 04510,
Ciudad de México.

Coordinación de Humanidades
www.humanidades.unam.mx

ISBN de la colección: 978-607-02-9557-7
ISBN de la obra: 978-607-30-2180-7

Programa Universitario de Estudios del Desarrollo
Planta baja del antiguo edificio Unidad de Posgrado,
costado sur de la Torre II Humanidades, campus central
de Ciudad Universitaria, Ciudad de México, Coyoacán,
04510
www.pued.unam.mx

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México
Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos
patrimoniales.
Hecho en México.

Créditos y reconocimientos

Coordinadores

Rolando Cordera*
Enrique Provencio*

Autores

Rolando Cordera*
Mario Luis Fuentes*
Enrique Provencio*
Alejandro Mohar - Centro GEO.
Citlalli Hernández - Consultora independiente
Cristina Olmedo - CENAPRED
Delfino Vargas*
Ernesto Franco - CENAPRED
Fernando Cortés*
Iliana Yaschine*
Irene Lungo - Consultora independiente
Israel Banegas*
Jorge Eduardo Navarrete*
José Casar*
Karina Videgain*
Karla Méndez - CENAPRED
Norlang Marcel García - CENAPRED
Ramón Carlos Torres*
Ricardo Becerra - Instituto de Estudios para la Transición Democrática.
Servando Valdés*
Véronique Sophie Avila - Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

Autores de recuadro

Alexis Ortega - Becaria PAPIIT
Bruno Manzanilla - Becario PAPIIT

Colaboradores

Lucía Orta - Instituto de Estudios para la Transición Democrática.
Rocío Camargo - Instituto de Estudios para la Transición Democrática.

Diseño, edición, formación y corrección

Nayatzin Garrido*

Becarios del PUED

Carlos Alvarado
Carlos González
Daira Puga
Ehekatzin García
Eva García
Marco Moreno
Miriam Gutiérrez
Victor Velasco

Agradecimiento especial

Alejandro Burgos

*Programa Universitario de Estudios del Desarrollo

CONTENIDO

Presentación	11
--------------------	----

EJE I. LA GRAN RECESIÓN

Saldos de la Gran Recesión, 2008 - 2018	15
México a 10 años de la Gran Recesión: La persistencia del lento crecimiento y la profundización de la desigualdad	32
El cambio de la pobreza municipal en México entre 2010 y 2015	62
Seguimiento de las condiciones de bienestar en el tiempo. Una mirada longitudinal de la pobreza en México 2012-2013	70

EJE II. DESASTRES Y DESARROLLO

Impacto socioeconómico de los principales desastres ocurridos en la República Mexicana	86
Construcción social del riesgo: Apuntes para una gestión inclusiva y participativa del riesgo de desastres en México	100
El rol de los programas sociales ante desastres generados por fenómenos naturales. El caso del programa PROSPERA	107
Gestión del riesgo energético ante desastres	119
Adaptación al cambio ambiental global	132
Resiliencia de comunidades rurales	140
Desastres y condiciones socioeconómicas: Un análisis de riesgos del sismo del 19 de septiembre de 2017	146
Desastre sin desarrollo: Los sismos del 7 y 19 de septiembre de 2017 en México	154